



NUESTRO PRIMER MILLAR

(Fotografía JUAN CARUSO)

Corresponde a esta edición del Suplemento el número mil, rumor fugitivo de vida desde hace veinte años, expresiones de las inquietudes espirituales de nuestros artistas y escritores, de nuestros historiadores, de nuestras formas de vida, sin olvido de lo notable del extranjero, que hemos tratado de cosechar para dejarlo

en tomos duraderos. En este aniversario evocamos la figura del señor José Batlle y Ordóñez, punto de partida forzoso en todo impulso superior, y tomamos altura mayor en aras de su ejemplo, para que la influencia que tuvo en el mundo de las ideas, y en la restauración de los valores espirituales, nos siga iluminando.

EL BALSERO

DIBUJO DE SIFREDI.

EL vasco Vidaurre seguía a Doria, que le iba mostrando el lugar buscando fondeadero para la balsa. Se habían detenido ahora al borde del cañadón que desagaba en el río. El chorro ruidoso se desahacía entre altas piedras grises, llenas de hierba crespa y fina. Las coronaba una roca donde unos coronillas pugraban por vivir entrando sus raíces entre las grietas. Un racimo de manantiales pequeños coincidían en el plano de la base. Se detuvieron allí y el vasco exclamó:

—Este lugar ya lo vi...

—¿Usted estuvo aquí?—preguntó Doria.

—No — dijo Vidaurre — pero ya lo vi...

Doria se quedó mirándole. No sabía si el hombre pretendía hablar en serio o estaba jugándole una broma.

Después fueron a ver los arenales tendidos y el río que corría lento y sin ruido, luego de haber dejado sin voz y sin presencia el cañadón.

Vidaurre miró el espacio plano del río y el areral y volvió a decir:

—Esto sí que no es de mi país...

Doria pensaba en aquellas palabras y Vidaurre le seguía. No comprendía que allí había terminado su camino. Pero iba pensando en instalarse allí.

El llegó a construir una balsa. Había convenido con Doria — el dueño de la pulpería — en que trabajaría allí, al lado del comercio, bajo una enramada construida con ese fin. El río cuando estaba dormido distaba ocho o diez cuerdas del comercio. Cuando salía de cauce, dos o tres. Sólo se salvaba de la crecida la lomada a cuyo pie desagaba el cañadón. Luego del paseo aquél, Vidaurre resolvió hacer allí su campamento. Levantaría el remedo de carpintería de ribera en ese lugar. Poco después construyó un rancho y logró el permiso para ocupar diez o doce cuerdas de terreno. Era una tierra de aluvión "donde uno paraba un bastón y al poco tiempo había un árbol".

Cuando llegó el indio Bernal, a peonar con él, abandonó definitivamente la pulpería. Mandaba allí al indio cuando precisaba comestibles o carne y nada más. Cuando terminó la balsa, él, que había ido a construirla y nada más, se quedó de balsero.

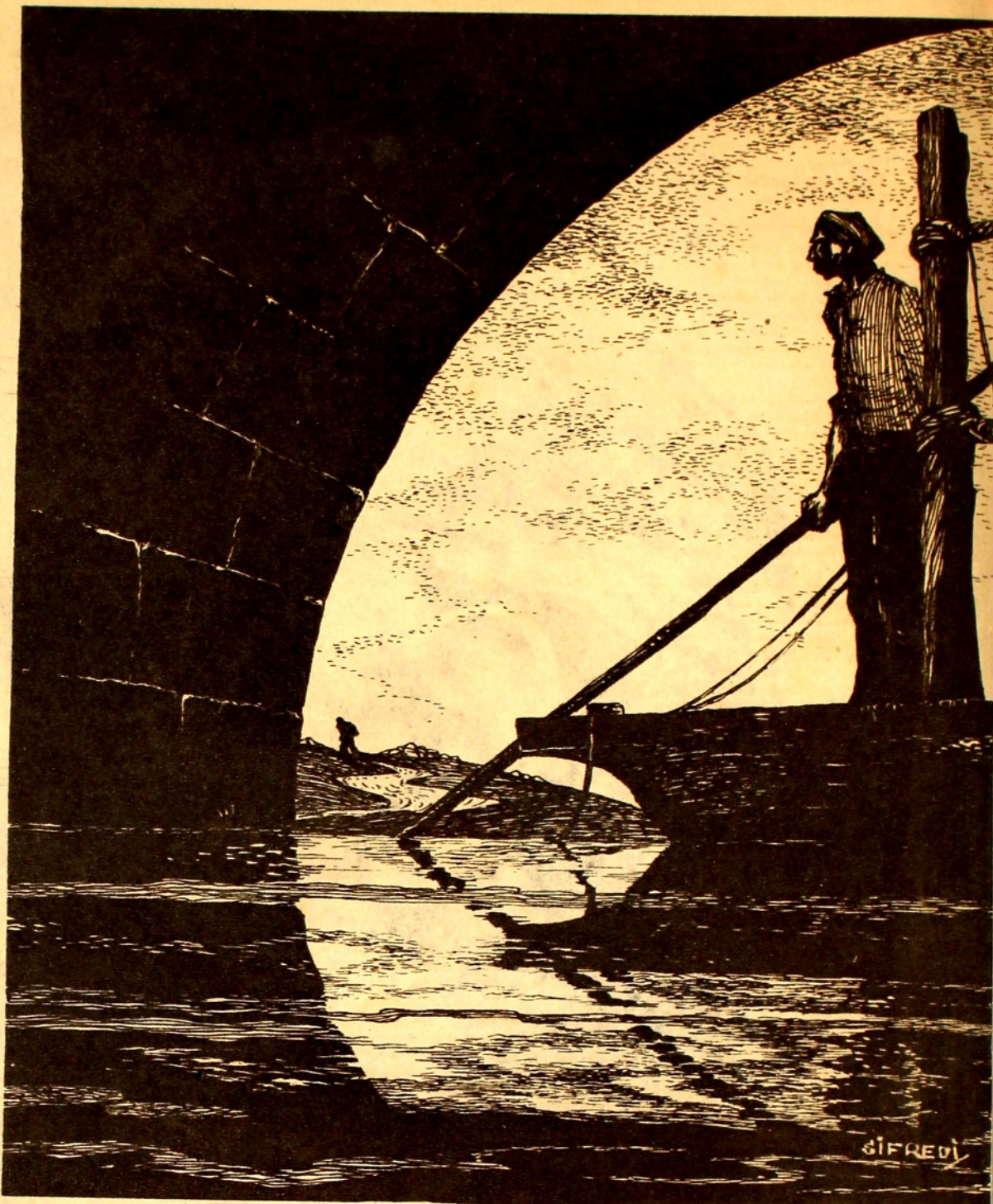


Bodas de Plata...

...y en la fecha tan grata al corazón, nuevos presentes vienen a hacer compañía a los regalos de hace 25 años: la preciosa platería, siempre tan atractiva, como entonces, gracias a Silvo.

Para proteger la delicada belleza de su vajilla de plata, nada hay tan fino como Silvo, el más bueno de los limpiadores. Silvo es suave y fácil de usar. Silvo es de confianza.

Su plata es preciosa...
Silvo
es seguro



Poco a poco los visitantes dejaron de acercarse. No era que Vidaurre se mostrara fastidiado por las visitas. No las atendía. Nada más.

Es que se mete adentro como caracol que le tocan los cuernos, comentaba Doria.

Algunas veces, Bernal lo invitaba:

—¿Vamos Don Vidaurre?

—¿Adónde?

—Caminamo hasta lo de Gascue...

—Demasiado he caminado en la vida, respondía el otro.

O sino:

—¿Vamos a dominguear a lo de Doria?

Hay que dominguear de cuando en vez...

—He domingueao demás, le replicaba Vidaurre.

Algunas noches de luna las pasaba a lo gato. En un vagabundeo desde el rincón del cañadón — donde se quedaba los ratos muertos, de espaldas al gramillal, para volver luego a la laguna estirada y lisa de borde a borde, donde a veces el coletazo de un pez sacaba haces de luz que ibanse disolviendo en un juego de bandas cada vez más oscuras, hasta morir en la orilla. O se acercaba al lugar en que el cañadón saltaba, cortando de golpe el jugo libre de su viaje con la muerte en el agua quieta y tendida.

Bernal en la boca del rancho mateaba esperando su regreso con la fidelidad de un perro.

La gente que había venido a construir el puente estaba matando el silencio y la vida de las cosas del monte. Hombres y hombres caminaban de aquí para allá desgajando árboles y tirando tiros a carpinteros y pájaros. El monte no dormía nunca alterado por voces y pasos.

Consiguió un perro, construyó un bote al que llamaba "mi caballo" y ya no salió más del lugar.

Doria decía que se habían juntado "hambre con ganas de comer" porque ninguno de los dos era capaz de hablar diez palabras seguidas. Para entenderse no las precisaban tampoco.

Algunas noches aparecían de a uno en uno los cargueros de los contrabandistas. Ellos tenían que sortear un comisario — hombre cosariozo y con "un personal" el-gido a punta de cuchillo. Los contrabandistas largaban los caballos locos de sed que llamados por el agua iban llegando sin jinetes orillando el alambrado "de abajo" de la estancia de Gascue, distante treinta cuerdas del camino. Vidaurre iba vaciando los cargueros dentro del bote, y partía río abajo hasta algún sitio imposible que sólo conocían él, los contrabandistas y los gatos monteses. Estos viajes le producían un goce aspero y antiguo y de ellos salían los vicios y los lujos: tabaco, caña y "goiabada", pues el plata no apreciaba.

Por la balsa — dos o tres veces al año — cruzaba el vecindario salvando las crecientes. Ya él, ya el indio, iban y venían por el río crecido, calados y felices. Doria cobraba el peaje y ellos obtenían por el servicio la carne del año.

El quehacer lo reservaba para cuando llegaban visitas. Doria y algún vecino aparecían de cuando en cuando. Entonces Vidaurre tenía que revisar cadenas, engrasar piolas, derretir sebo con tendones de vaca para llenar las juntas de la madera de la balsa.

—Hoy me agarraron con la revisada decía.

En la noche la costa estaba agujereada por los fuegos de los pesqueros. Faros de luz viva viajaban por el agua en faena de pesca a la encadilada, violando la intimidad de las cosas del río.

Ya no se oían las voces de las cosas rrisas por las voces de los hombres. Vidaurre se sentaba en la balsa como en un fugio. Miraba hacia el puente que crecía sobre el abismo.

En el amarradero esperaron inútilmente hasta que la bajante empezó a sorber los bordes de la crecida. La gente iba y venía por el puente. El camino que bajaba paso ya no traía ni llevaba a nadie.

Cuando llegaron al rancho mandó a Bernal a la pulpería.

—Dígame a Doria que le dé mi plata — le ordenó.

A la mañana siguiente, el indio le volvió a reunir en un atado, algunas ropas.

Después aseguró el atado en el extremo de un palo.

—Pasame, ¿quieres? — le dijo.

—¿Adónde va? — preguntó el indio.

—A caminar.

—¿Y las cosas?

—Son tuyas — le respondió.

Bernal condujo la balsa hasta la orilla opuesta.

—Que te vaya bien — dijo Vidaurre, despidiéndose.

Bernal siguió mirándole hasta que se perdió en el horizonte. Tenía los ojos húmedos. Estaba como si le hubieran llevado un muerto querido. No tenía suerte con los amigos. Siempre se quedaba solo.

Juan José MOROSOLI.

(Especial para EL DIA).

MUNDO enrevesado el de las letras. Pasiones desatadas, solapados egoísmos, soberbia que se encubre con raído manto de humildad. Yo, yo, yo... El escritor suele hablar casi siempre en primera persona. Entre él y el mundo no acepta intermediarios. Necesitando documentarse todos los días para obtener una elemental idea de las cosas, es tan vanidoso de su inteligencia, que se considera el autor de las cosas que acaba de descubrir. Generalmente irascible, neurótico, exige de los demás toda la paciencia en la espera de sus intemperancias. Por eso compadecemos a directores de publicaciones literarias, obligados al trato de escritores y artistas, pues éstos son hermanos gemelos de los primeros, en lo que a morbosa vanidad se refiere. Sirvan las excepciones de ambo para la comprobación de la regla general.

Y todo esto durante mil semanas. Eugenio Alsina, redactor del suplemento de EL DIA, ha mantenido esta llama de espíritu quemándose en alma viva, centro de una doble corriente de reacciones intelectuales, la del suplemento, que ha de mantenerse en su línea cultural y artística, y la de los colaboradores, que quisieran hacer del suplemento una bandera unilateral de interpretaciones literarias. Pero no sólo son estas dos corrientes las que hay que tener en cuenta; alienta también en toda empresa de esta naturaleza, la corriente del lector, del cual, en última instancia, depende el éxito o fracaso de la obra.

Buen timonel, Alsina ha llegado al puerto mil de su suplemento, pero no sin sufrir embates tempestuosos de la política. No fué el menor el del período dictatorial del presidente Terra. Burlar la censura es tarea difícil, pero va no lo es cuando el escritor está dotado de fina ironía, ante la que los brutos se irritan y responden con ira, y sabido es, por haberlo proclamado Job, que la ira al necio mata. Alsina hizo arder la ira irritante de los censores con su fina ironía, y pudo navegar como timonel del suplemento de EL DIA sorteando arrecifes —la envidia de los necios—, evitando bajos —la hipocresía de los cobardes—, bandeando con sonrisa frente la incompreensión de los apresurados, para arribar con todo su rescate al puerto seguro de la libertad.

Mi primer contacto con Eugenio Alsina fué epistolar. He de agradecerle a mi dilecto amigo el poeta y general Edgardo Ubaldino Genta. En comunión de espíritu, me pidió enviara al suplemento de EL DIA un trabajo. Eran mis días de cautividad en España, en el pueblo de Villafranca, de la provincia de Alicante. Cumplí la petición de mi amigo. Recuerdo fué mi primera colaboración un trabajo titulado "El Paraíso Borgia" (véase el suplemento de EL DIA, N° 751, del 8 de junio de 1947). Desde entonces sostengo una colaboración regular en el suplemento, que me ha servido incluso en los momentos de crisis espiritual más aguda, como incitante para la disciplina del trabajo, en el diario objetivo de enfrentarse con las cuartillas en blanco.

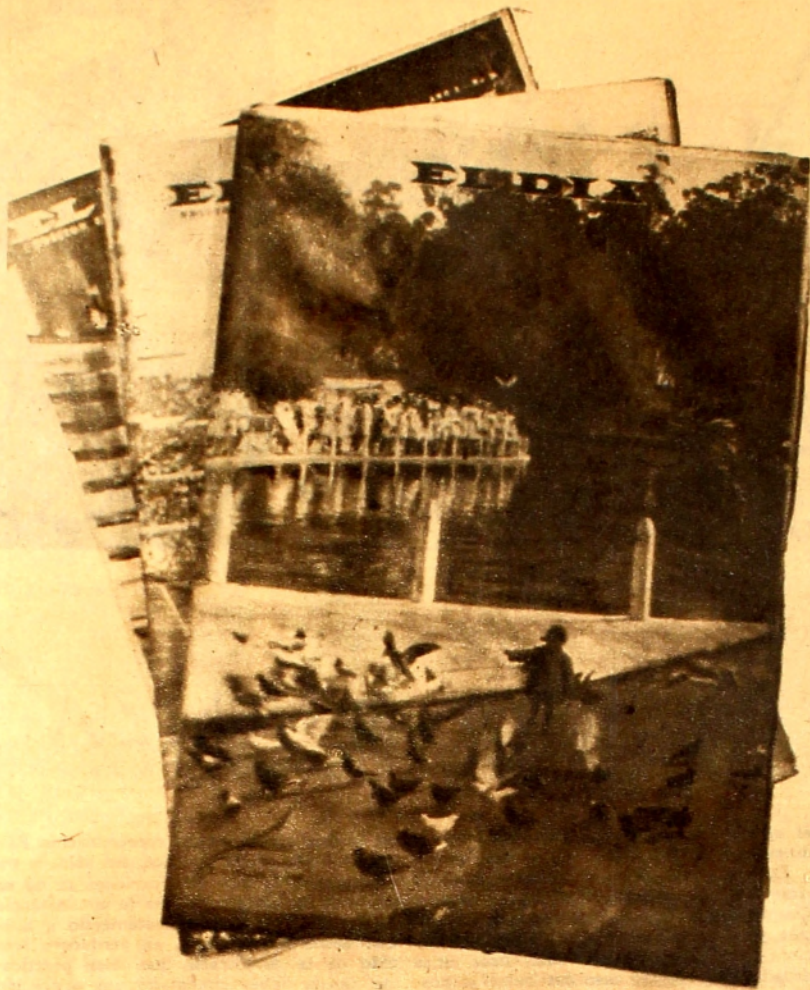
Pero las cartas de Eugenio Alsina descubren una parte muy pequeña de su personalidad. Sobre todo, teniendo en cuenta se trataba de cartas acusadoras de recibo o solicitando la colaboración que se retrasaba. En Montevideo, la epístola se convirtió en diálogo, y he filtrado en mi espíritu todo un panorama vital, complejo en su desarrollo, denso de contenido, tenso en la continuidad. Y ahora es cuando me doy cuenta de la enorme cantidad de ironía —y la ironía es hermana gemela de la paciencia— de este escritor de fibra humana. ¿Quién sino él pudo auantar la acumulación de impertinencias que le enviaba en cada una de mis cartas? Pero me explico por qué las aguantaba; porque no eran impertinencias intelectuales, sino de orden personal, como el grito de un hombre que se está ahogando, y en vez de suplicar que le echen una tabla de salvación, lo que hace es insultar a los papanatas que le están contemplando mientras se alargan los intervalos de su sumergimiento.

Ahora ya sé que es catalán de nacimiento, madrileño de formación y uruguayo por vocación. Y me explico muchas cosas. El donaire de Rusiñol, el aguafuerte de Goya, la malicia del Viejo Viscacha. Tilogía elaborada con una dosis de buen gusto literario y arte, y esa sensibilidad amante de las cosas viejas y de la vida joven, y el comentario de efecto retardado, como una bomba humorística que estalla cuando el interlocutor creía rebasada la intención del comentario. Pero Alsina tiene motivo para todo esto. No en balde ha sido, permítase la frase, cocinero antes que fraile.

Fué, en su primer contacto de la realidad hispanoamericana, librero de viejo. Una librería de viejo es el mejor observatorio para conocer la gente joven, esa juventud amante de la literatura, de la que sa'en

ENTREVISTAS SIN PALABRAS:

LOS MIL DE EUGENIO ALSINA



Carátula del número primero de nuestro Suplemento, fotografía de Caruso que desde entonces ha estado contribuyendo con su arte, con su buen gusto, y a las veces también con su denuedo de repórter gráfico, a la excelencia de nuestras fotografías.

los poetas, los políticos, los artistas de todas clases. En la pobreza inicial de casi todos ellos, dejaron en la retina de Eugenio Alsina impresiones indelebles, que él retiene amorosamente, que confiesa a algún íntimo con sonrisa caritativa, haciendo como que encubre la flaqueza de alguna personalidad encubrada. Así, por ejemplo, cuando el Sr... Pero silenciaremos el cuento, para que la vanidad de todos diluya la moraleja en objetivos ajenos a los propios.

Una librería de lance es universidad auténtica de vivo saber literario. Universidad en cuanto asociación de profesores y discípulos en el día a día por las cosas olvidadas, que sólo se conservan en los libros perdidos. Sabido es que Anatole France conocía tantas leyendas por el arsenal de papeles viejos que su padre había amontonado. En su puesto de "bouquiniste", en el margen del Sena que hoy lleva el nombre de su hijo. Y el saber viejo, el sabor de libros viejos, archivo de la auténtica sabiduría, da al hombre ese buen humor, comprensiva disposición para el trato de los hombres, que rebosa en las páginas del autor de "La Isla de los Pingüinos" y en la charla amena de Eugenio Alsina.

Pero Eugenio Alsina ha desempeñado durante años la crítica teatral en Montevideo. La más delicada de las misiones críticas, pues se refiere a obras y personas. ¡Y qué personas! Actrices y actores. La labor artística que más dosis de irritación acumula sobre el artista. Difícilmente se logra la conjunción de la buena obra y el buen actor. Cuando se produce eso que podríamos llamar milagro de armonía, como en el caso de "Yerma" y Margarita Xirgu, entonces el teatro se define como entidad absoluta en la recreación patética del espíritu. Pero ¡cuán difícil es alcanzar esta plenitud de circunstancias! El crítico, por regla general, si habla bien del autor, habla mal de los actores, o viceversa, o mal de todo, y el mundo de las irritaciones se le viene encima, y el clamor de las empresas adquiere fisonomía de mercader de Venecia queriendo cobrarse con la propia piel del crítico. Eugenio Alsina ha pasado por estos avatares, y de ellos conserva, además de la satisfacción de haber contribuido a elevar el buen gusto teatral, una ex-

periencia de trato con artistas que va clasificando espontáneamente en el diálogo amistoso. Clasificando y burlando con palabra reticente y mordaz la vanidad de unos, la hipocresía de otros, la miseria...

Alguna vez nos hemos preguntado: ¿pero este escarpelo de almas no podrá mirar el mundo sin prevención? Y la respuesta nos la ha proporcionado él mismo. Este hombre conocedor del alma humana, y por eso con sobrados motivos para prevenirse, no disuade contra ella sino al lado de ella, es un gran lírico del paisaje. Nada descubrimos con ello, pues los lectores del suplemento lo conocen sobradamente a través de sus crónicas con el seudónimo de "Amarux". Pero su lírica que, como toda lírica, brota de lo íntimo, tiene una especial característica. No sólo se refiere al sabor de la tierra que describe sino a la vez al sabor de la palabra. Le gusta paladear la toponimia de los parajes, encontrarles el jugo vegetal o animal que le dió nombre, sublimar la fonética, aborigen o castellana, para elevarla a la categoría de verbo poético. No describe, ni enumera, exalta la sencilla raíz de la palabra en su relación con el ambiente que la hizo posible.

La palabra es para él una etérea hostia para la comunión de todos los espíritus. Por eso la quiere pura, sin mancilla de pecado rioposo. Y su estilo comprueba es de los pocos periodistas a quienes el periódico no ha asesinado al escritor. Su sensibilidad artística le ha preservado del destajo gacetero. El escritor que, después de muchos años de labor diaria en la prensa, mantiene su disciplina cultural de alto vuelo, demuestra que lo es de poderosa garra y a él le pertenece la misión rectora de una empresa literaria. Ese es el acierto que hubo al encargarle la responsabilidad redactora del suplemento.

En el Río de la Plata los suplementos literarios han sido y continúan siendo tribunas internacionales de cultura superior. Recordemos el suplemento de "La Prensa" que dirigía Santos Gollán. Recordemos igualmente el suplemento de "La Nación", que dirigió Alberto Gerchunoff. El periodismo rioplatense no se ha limitado a ser empresa de mera especulación económica o de limitada filiación política. Sus suple-

mentos comprueban su alta misión divulgadora, haciendo de sus columnas cátedras del pensamiento internacional.

El suplemento de EL DIA es un exponente de selección informativa y formativa del espíritu uruguayo. Un espíritu en el que se integran valores políticos, filosóficos y artísticos en la defensa de las instituciones democráticas con ondear de banderas liberadoras. Es una demostración elocuente de que el desenvolvimiento de la cultura sólo es compatible con la libertad. Sin libertad, la cultura inicia su proceso de marchitamiento y acaba por secarse y pudrirse.

Hoy, visperas del número 1.000, hojeando la colección desde el número uno, el correr de las ilustraciones y la comprobación de las firmas colaboradoras, nos inundan de un poco de tristeza. Tristeza por la incompreensión pública ante empresas de esta naturaleza. Y no es que el público no responda a la llamada del suplemento, no. Sino comprobar cómo los nombres van cayendo en el olvido porque los hombres que los sostenían han desaparecido del escenario. A los más, algún apasionado pregunta: "¿Por qué no escribe Fulano?" "¡Fulano! —se le responde—. Hace muchos años que murió".

Pero al momento reaccionamos, porque nos damos cuenta que, gracias al suplemento, ni los escritores ni su obra murieron del todo. Siempre queda de ellos este panorama del mundo. Eugenio Alsina se ha impuesto la tarea de hacer del suplemento una enciclopedia, gráfica y teórica, de la vida y pensamiento uruguayos, en la que las figuras señeras y la multitud tengan su biografía, en la que el pensamiento se estructure en interpretación de nuestra realidad nacional, con la correspondiente exaltación del paisaje.

Los mil números del suplemento de EL DIA bien merecen una conmemoración. La carrera de los mil metros, las distancias que se amojonan de mil en mil, la piedra miliar de los mil pasos, los mil años que en la mente supersticiosa de la gente crea espanto de Apocalipsis. El número mil constituya jerarquía de acontecimiento, es signo numeral de fin de etapa y renovación de nuevas energías para la consagración de la empresa. Cuando se llega al mil, es porque se han cimentado las bases que conducen a una continuidad históricamente indefinida.

Más, para llegar al mil, los primeros mil ejemplares de una misión literaria como el suplemento, cuánta fatiga, cuánta superación de detalles, cuánta quemazón de sangre y carburación de nervios. Cada número es una fortaleza irreductible que hay que minar lentamente, hasta reducirla a la expresión de estas dieciséis páginas. Las colaboraciones se acumulan formando trinchera infranqueable, pero que hay que franquear y aprisionar con el buen sentido selectivo, mantenedor del rumbo impuesto al iniciar la marcha.

El autor de estas líneas, que también se ha fatigado en la tarea de los rumbos, saluda al timonel del suplemento literario de EL DIA y le desea feliz viaje y caluroso recibimiento en cada puerto, al final de las singladuras.

F. FERRANDIZ ALBORZ

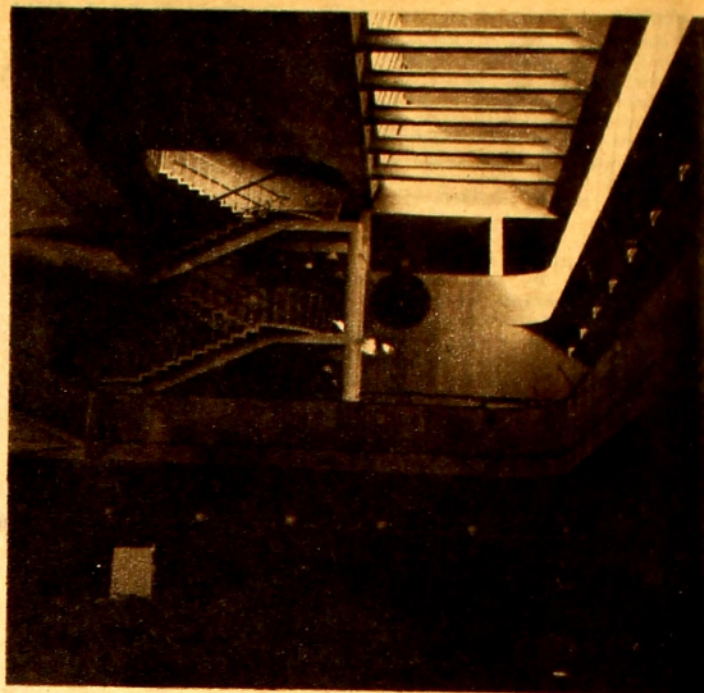
(Especial para EL DIA).



Caricatura de Amarux, notablemente favorecido por el lápiz de Alfredo Crislar dibujante que, con el pintor Ricardo Aguerre, tienen a su cargo la tarea esencial del ordenamiento artístico de estas páginas.



Stockholm. Bloques de vivienda en construcción.



Gothenburg. Hall de la Municipalidad.

EXPERIENCIA formidable es, para un viajero del siglo XX, llegar, alguna vez, a un país moderno.

El aparente dislate que configura lo expuesto, deja de serlo cuando se recapacita sobre la realidad de este mundo que vivimos y se recuerda el plan de cualquier viaje propuesto. Una ruta se jalona fácilmente con la antigüedad; ya no es tan fácil hacerlo cuando se propone, con firmeza, gustar lo moderno. El difícil hilo de la plástica y el espectáculo actuales puede seguirse, aunque exija un amplio peregrinaje; pero ese toque único de un vivir contemporáneo, no se da tan generosamente. Por eso, al llegar a Suecia, el viajero siente el escorzo deleitoso que parecería reservado a los ejemplos augustos de la historia.

Efectivamente: un lugar donde la palabra romántica es peyorativa, donde no se conjuga el suspirio de "lo pasado fué mejor", donde si hay pobres, ricos, delincuentes o analfabetos, lo cierto es que no cuentan y puede aceptarse que no existen prácticamente; un país así bien puede considerarse aparte en un mundo que se aferra desesperadamente a las paradojas del siglo XIX. Tan aparte, que difícilmente los latinos — campeones del ochocentismo — alcanzamos el grado suficiente de comprensión para la estupenda experiencia.

Esa es, efectivamente, y no obstante, la saludable sensación: llegar al fin, allí donde se vive y valora el tiempo actual, y no se tiene la presunción de proponer un régimen de vida como absoluto y definitivo. Cuando se ha temido, justificadamente, que este recalcitrante mundo no tenga salvación en el sentido expuesto, la alegría permite desbarbar en el encomio. Es posible, pues — y Suecia lo demuestra cabalmente — vivir en hoy. Tengo entendido que

SUECIA REALIZA

el ejemplo lo dan todos los países escandinavos; pero hablo sólo de lo que vi.

Europa, y esta parte del continente americano habitan mentalmente en el pasado. Cuentan para ello, la historia y la tradición y la sobre estima que de ellos se hiciera. con ánimo permanente, hace unas décadas. En nuestro caso particular, el problema es grave por cuanto recibimos esa actitud de contempladores amorosos de lo que fué, sin que para nosotros haya sido, realmente. Tenemos un romanticismo de importación, tanto más torpe cuanto más falsamente presenta su imposición petulante. Todavía nos encantan las grandes frases, la informalidad, la apariencia trivial y el vivir en biografía presunta. Personalistas decadentes, ignoramos la realidad firme de un mundo que, así, contribuimos a ahogar. No estamos solos para tan loca empresa; incluso nos guían, y afanosamente nos dejamos guiar. Hay para ello una bien organizada propaganda de los moribundos que aspiran a seguir en un primer plano del concierto mundial. Entretanto, Suecia realiza. Y, por tanto, no pierde el tiempo en batirse el parche. Por otra parte, es consciente de sus defectos y no le conviene ocultarlos con sus virtudes, en una propaganda para el exterior. ¿De qué vale que los demás crean? El sentido común sostiene esta actitud no imperialista.

Es cierto que la acompañaron circunstancias excelentes; pero el haber estado ajena a las dos últimas guerras mundiales,

no la deja aparte de sus consecuencias. Esa infeliz contingencia significó, tan sólo, la no destrucción de sus construcciones ni de su gente. Y no sería suficiente la circunstancia anotada, si no viniera sosteniendo a Suecia, desde hace tiempo, un verdadero sentido de la democracia que, bien practicada, pueda haber cimentado una educación colectiva capaz de ese cometido concorde con los tiempos que corren.

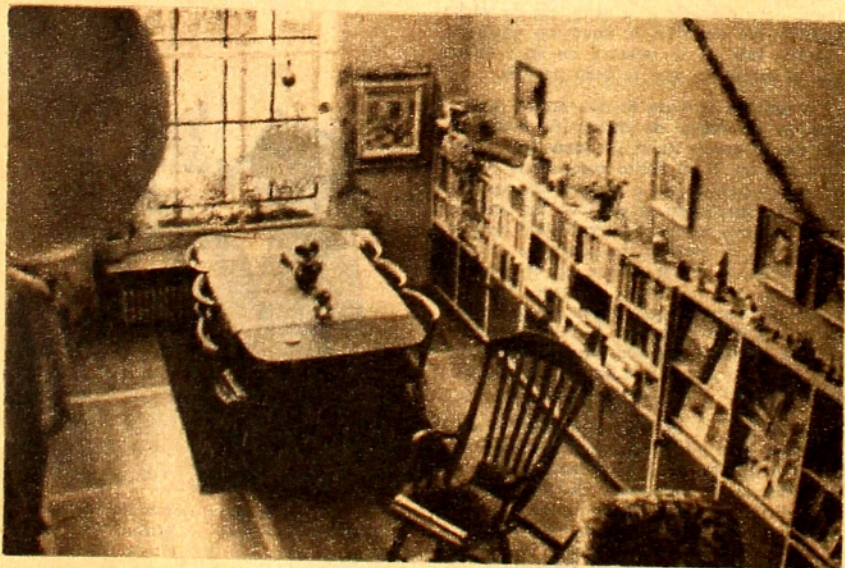
No es caprichosa la afirmación sostenida por Machado de que el siglo XIX resulta una centuria de 150 años. O las características de este fenómeno son evidentes por el divorcio que se plantea entre el sentimiento y el intelecto; mientras el primero se mantiene dentro de los carriles de un romanticismo personalista, la ciencia afirma el nuevo perfil de un tiempo que se inaugura a contrapelo de todo lo que viene sosteniéndose desde hace más de dos mil años. Plantear una nueva etapa de la historia no es tarea fácil ciertamente; pero el esfuerzo de ahogarla, parte de difícil, tiene el sello indeleble de la estupidez. Y llega a la falacia desvergonzada cuando se viste de contemporaneidad. Ejemplo al canto: esa decrépita piara de los jóvenes existencialistas franceses que afirmando vivir en presente, configuran, en cambio, el vestigio más flagrante de una bohemia espectacularmente perversa.

Y mientras todo este mundo se agita chillando unas virtudes increíbles, Suecia realiza, callada y segura. Por eso admite

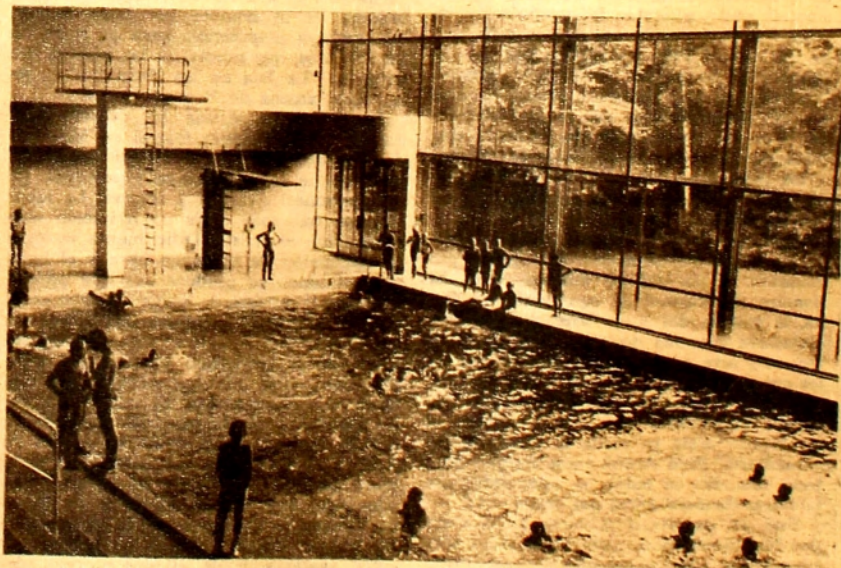
el encomio incontrolado que puede llevar a creer, a la primera observación, en un vivir color de rosa. Lo que no es cierto. No es cierto que el sueco, en la experiencia que desarrolla, sea totalmente feliz. Tampoco podía esperarse. Las características de su vida no son un seguro cierto contra el malestar, ni tiene por qué serlo. Y, precisamente, el disconformismo es una virtud cuando logra el aspecto constructivo que el romántico desconoce.

Así, pues: la emoción que Suecia despierta se justifica en el hecho de descubrir el planteo insólito de un mundo que no parece de éste, precisamente por serlo; y que, por serlo, tiene errores, angustia y pasión.

El primer choque agradable al llegar a una ciudad sueca es la falta de ruido inútil. Le gente no grita para nablar; los autos parecen no tener bocinas, los tranvías mismos, no chirrían. No hay pordioseros ni gente de mala traza. Todo es correcto, simple y normal. Claro que ésta es una condición que irrita a la mayor parte de los extranjeros, pues la inevitable comparación pone demasiado en evidencia sus defectos. No necesitamos análisis extraños para saber que todavía hay quien siente el placer de ser maleducado, irrespetuoso e irresponsable. Le damos a estas condiciones, fueros de latinidad y las adoptamos por virtuosas. Afortunadamente no es cierto, más que en parte. Por el contrario, tal elogio es afirmación interesada para los agónicos que se siguen sintiendo centros del mundo y les conviene el prestigio de la impuntualidad, el alarido innecesario y la consecución inmediata de sus fines, aunque atrás venga el diluvio. Virtudes cacareadas que no son sino explosiones de una inmoralidad a la que Luis XV aplicó márchamo estridente;



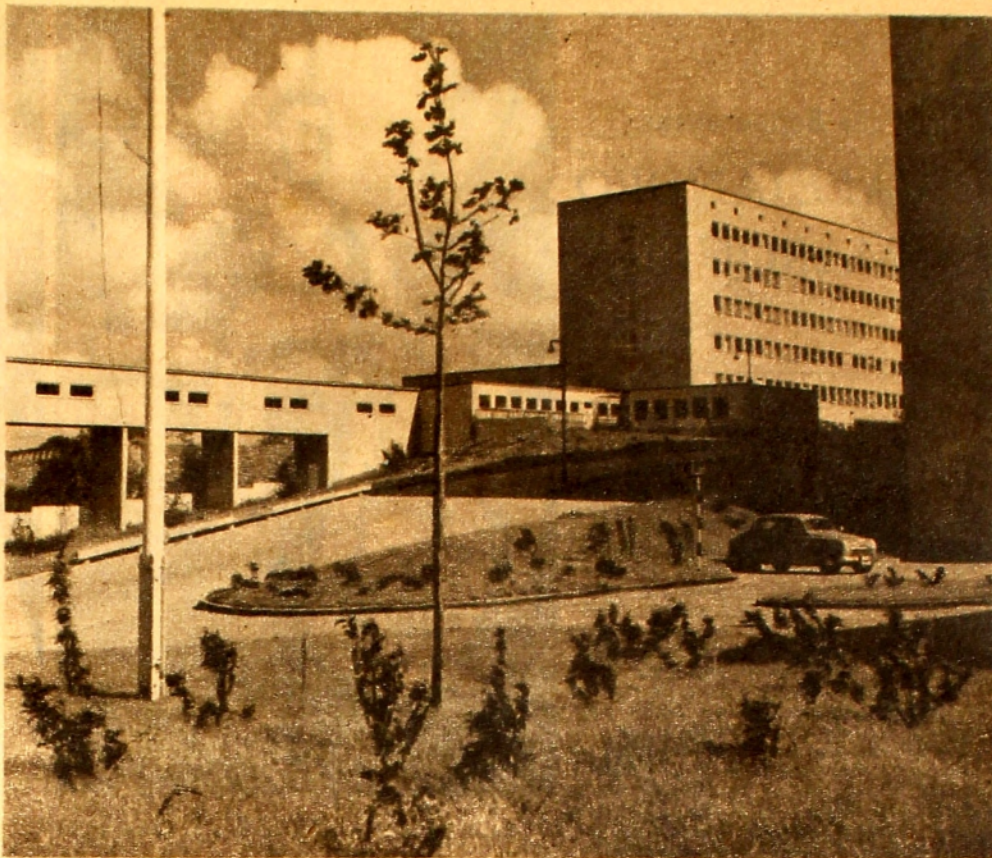
Lund. Interior de una vivienda.



Lund. Pileta de natación de los baños municipales.



Monumento del escultor Karl Milles para un parque en Malmö.



Stockholm. Hospital del Sur.

en verdad, la siguen sosteniendo sólo los pobrecitos imitadores de una nobleza desaparecida, y lo hacen como único recurso para ponerse en evidencia, pese a su irreducible incapacidad. Es el vicio de ser alguien, cómodamente, en un mundo que tiende al colectivismo hasta el punto de haber tenido que inventar la palabra genocidio.

Aquellos que, además, sostienen que la exaltación de lo colectivo es la negación del individuo como valor humano, son los herederos de quienes despotizaron contra la máquina por la misma razón y adujeron, para ellos, las mismas sinrazones.

El concierto de las voluntades para un bien general, se traduce siempre en un amplio margen de libertad individual. Y lo que se logra para la comunidad es, a la postre, lo que uno ganara para sí, en particular. Por ese convencimiento inteligente es que en Stockolmo pudo realizarse una huelga de policías sin que una situación tan irregular se hiciera prácticamente sensible para el desarrollo de la vida ciudadana. Las señales luminosas del tránsito, las colas y el orden callejero, siguieron respetándose porque a todos convenía; nadie puede sentir placer en evidenciar una inclinación perversa a la delincuencia, que es propia tan sólo del patoterismo.

El profundo sentimiento colectivista sueco se basa en el respeto; y así se dan, sin esfuerzo, los más altos índices de la valoración personal. El niño es respetado co-

mo potencial humano: ser que se admite como independiente y a cuyo desarrollo, por tonto, se atiende por la guía no forzada. Para que no haya malos entendidos conviene agregar que en Suecia no existen hospicios; los huérfanos son recogidos en una casa de pasaje donde se los trata del punto de vista médico en un lapso de tres meses para luego entregarlos, con sus antecedentes clínicos a una familia constituida, pues "todo niño merece una vida de hogar". Por otra parte, los pequeños sin padres no configuran una problemática muy grande ya que la maternidad en soltería no es ni un delito ni una vergüenza. Claro: se ha eliminado el chisme y no se goza el escándalo hipócrita. Cada uno puede vivir su propia vida. Además, y para afirmar la posibilidad de lo expuesto, no existen labores denigrantes. Cumplir un servicio doméstico o emplearse en una tienda son trabajos tan dignos como cualquier otro y puede cumplirlos un propietario o la hija de un embajador suramericano (y no invento ejemplos). Así es posible que un 65 % de las mujeres casadas, trabajen logrando de esa manera una firme seguridad económica. Para que esto sea posible se requiere y se tiene una estructura social amplia, una planificación total. Y ese plan, asimismo, requiere una estructura formal que lo sostenga. La vienen levantando. Y tiene, por supuesto, la parquedad expresiva que corresponde a su función. El urbanismo y la arquitectura suecas han aban-

donado definitivamente, después de los errores pasados, el concepto de monumentalidad palaciega; por otra parte, las convenciones estéticas particulares de un creador no priman sobre el destino pasajero de su obra. Puede ser monumento el edificio símbolo, pero el hospital y la vivienda, la fábrica y la sala de espectáculos, la escuela y el edificio deportivo, deben obviar la estridencia porque responden a una condición social que nadie se atrevería a afirmar como permanente. Ese es el buen acento de la realización sueca: una modestia que no coarta. Saben ver toda la experiencia extranjera para sacar de ella lo que consideran mejor y pueden adaptar a sus necesidades nacionales. No inventan, pero no improvisan. Hacen, con seguridad — y sin ánimo de asombrar a los desprevenidos. Por otra parte sería ridículo el sacrificio en función de las fachadas en un país que carece prácticamente de luz diurna durante la mayor parte del año; pe-

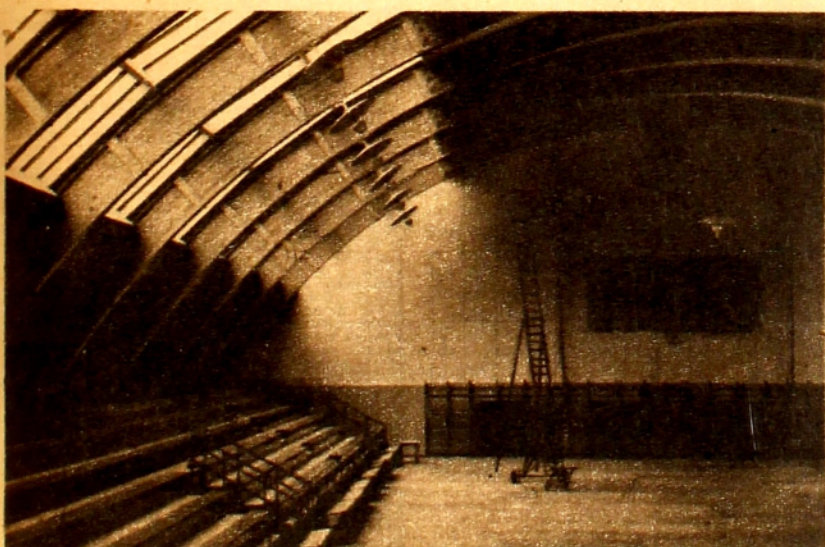
ro esa particularidad climática lleva, precisamente, a la valoración del sol y de la vida al aire libre: por eso, la eliminación del pequeño jardín familiar y la importancia del gran espacio libre vecinal. Los grandes bloques edilicios son correctos sin violencia y se organizan con el respeto al hueco; los interiores son placenteros, amables. Y no hay separación de clases porque, prácticamente, ese país monárquico, no las tiene.

El hombre normal y corriente es el que cuenta; para él la vivienda, el taller, el estudio, el teatro, el centro comercial y el deportivo, el parque, la calle y la estatua. Presumir no tiene importancia.

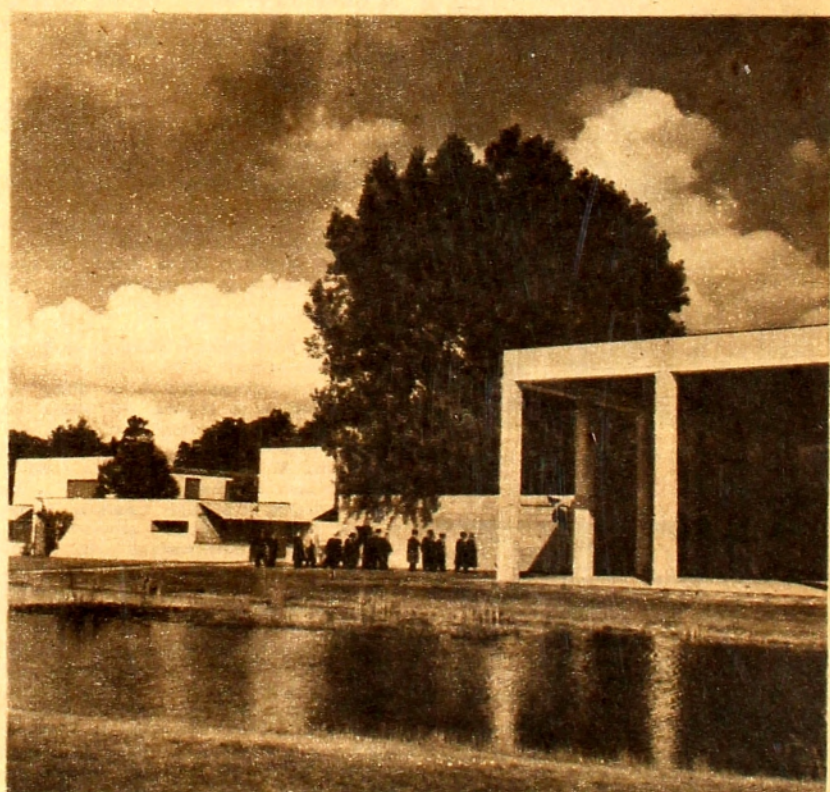
Fernando GARCIA ESTEBAN.

Fótos de Rómulo Beledo.

(Especial para EL DIA).



Lund. Gimnasio municipal.



Stockholm. Crematorio (arquitecto Asplund).

Crónicas Bonaerenses:

D. ALEJANDRO MARQUEZ

DESDE hace muchos años reside en Buenos Aires el distinguido compatriota con cuyo nombre encabezamos esta crónica. Hijo de Paysandú, donde vivió la luz de su existencia en la penúltima década del siglo pasado, D. Alejandro Márquez, que descendiendo de familias provincianas argentinas vinculadas al Uruguay por antiguos lazos de consanguinidad y afectos, ha dedicado siempre a la pintura, con fervoroso entusiasmo, los claros valores espirituales que lo distinguen. Desde niño puso de relieve su vocación artística que sus padres promueven con ejemplar empeño. A los 14 años de edad ingresa en la academia de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes de Buenos Aires y allí fueron sus maestros Angel Della Valle, Ernesto de la Cárcova y Reinaldo Giudice, quienes iluminaron sus juveniles ansias hacia las rutas del Arte.

Por su dedicación y definida personalidad, puesta bien de relieve desde aquellos lejanos días, Alejandro Márquez obtiene la beca-pensión argentina de 1911 que le permite continuar, en el Viejo Mundo, el perfeccionamiento de su cultura artística. En



El pintor don Alejandro Márquez.



Retrato del General don José de San Martín.



Retrato del General don Justo José de Urquiza.

París se incorpora a las academias de la Grand Chaumière y de Madame Vitty donde estudia con Lucien Simon y Anquetain, respectivamente. Concurrían a ellas, entonces, y fueron sus condiscípulos nunca olvidados Bazurro, Cordiviola, Mazza y otros rioplatenses. En aquellos años parisinos, A. Márquez traba relación, en el Café de la Rotonda, con un núcleo de hombres, sus compañeros de bohemia, que adquirirán fama y nombradía excepcional: Picasso, Anglade, Lenin, Juan Gris, Tito Salas, Trozky, Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Max Nordau y con ellos comparte horas y pláticas inolvidables.

Visita Londres, Roma y otras capitales europeas y cuando se pronuncia la primera Guerra Mundial A. Márquez se traslada a España donde permanecerá por espacio de 10 años. Madrid fué el centro de su actividad plástica y en los grandes maestros de la pintura hispana encontrará nuevos motivos para acrecentar su cultura y personalidad artística.

De esa época, una de las más generosas de su vida, por su intensa dedicación al estudio y trabajo pictórico, son los retratos de S.M. la Reina Victoria, de la Marquesa de Quirós, de la Infanta Beatriz, de Monseñor Mudarra —Arzobispo de Sevilla—, de D. Marcos Avellaneda, Embajador de la Argentina en España, de D. Hilarión Moreno y otros muchos.

Vuelto a América se radica en Buenos Aires para proseguir, con noble y esforzado tesón, su carrera artística. Trabaja en Entre Ríos durante larga temporada para reincorporarse definitivamente a la actividad pictórica bonaerense.

Largo sería señalar ahora la serie de retratos, paisajes y otros cuadros que poco a poco van surgiendo de su paleta, los que le dan renombre y distinciones.

La obra de Alejandro Márquez se destaca por una armoniosa comprensión de las escuelas naturalistas. No es un pintor de rebuscamientos ni técnicas abstractas. Su dibujo y empastes acusan el concepto claro y definido del artista que ha sentido en su espíritu la magistral atracción estética de los maestros universales.

Sus retratos y paisajes trasuntan forma y alma, fidelidad y belleza cromática, materia y espíritu. Esta sustantiva característica de su arte pictórico es, por sobre todo, lo esencial, y será sin duda lo permanente y más noble de su obra.

Al definir su concepción del Arte se le oye decir que los grandes artistas de todos los tiempos no fueron precisamente los que más lo revolucionaron, sino aquellos que jerarquizaron lo que les rodeaba y sentían, y nos evoca a Fidias, Shakespeare, Miguel Angel y a la Paulova, de quien un crítico eminente decía: "es la danza de siempre bailada como nunca".

De sus exposiciones en Montevideo

(1902), Mar del Plata, Van Riel, Witcon, Nordiska, Salón de Bellas Artes de Buenos Aires, Santa Fe, Paraná y Concordia queda un grato recuerdo, y su nombre adquiere renovado prestigio.

A los retratos de las más distinguidas personalidades argentinas de estos tiempos, Dr. Angel P. Roffo, Sra. Maria Rosa Schlieper de Martínez Guerrero, Cardenal Santiago Luis Copello, Dr. Ricardo Rojas, Obispo de Paraná Dr. Julián P. Martínez (1), Dr. Federico Alvarez de Toledo y Sra., etc., cabe agregar ahora los del General D. José de San Martín y D. Justo José de Urquiza, las más recientes obras plásticas de nuestro compatriota.

Se adentra así D. Alejandro Márquez en un nuevo campo artístico, el de la pintura histórica, y llega a ella por rutas bien definidas. Conciente de las serias dificultades que existen para llevar a la tela la efígie de los próceres, por la falta o deficiencia de los auténticos elementos de juicio, trabaja con ahínco entre las piezas iconográficas, estudia y ajusta sus valores, interpreta cuanto existe en ellas de veraz, discrimina con cuidadosa atención los elementos aprovechables que analiza y estudia detenidamente para llegar a conclusiones valideras, ajustadas en lo posible a la mejor técnica histórico-científica.

Su retrato del General San Martín constituye, sin lugar a dudas, la reconstrucción mejor lograda en estos últimos tiempos de la imagen del héroe. San Martín —en tamaño natural— está representado con el uniforme que más usó durante la epopeya emancipadora. Luce en el pecho la banda azul que adoptó cuando el gobierno de Buenos Aires le dió el grado de general. Debajo de la banda, la Orden del Mérito de Chile, y sobre ella las medallas de Chacabuco y Maipo. Del lado derecho la placa de Chacabuco, otorgada por el gobierno argentino, y pendiente del cuello la Orden del Sol, con la cinta-bandera del Perú, creada por San Martín. Sobre la mesa y cubriendo uno de sus lados la Bandera de Los Andes, la escribanía de plata con que fué retratado en varias iconografías de la época y el falucho que lució mientras fué militar. El sable corvo y las espuelas reproducen las propias que llevó consigo.

En cuanto a los rasgos fisonómicos, no existiendo retrato más auténtico que el daguerrotipo que se conserva en el Museo Histórico Nacional Argentino —obtenido en París en 1848— el artista se valió de él, le suprime el bigote y agrega cabellera y patillas negras a fin de rejuvenecerlo, y de esta forma realiza la verdadera imagen del prócer en la época de Guayaquil.

El retrato del vencedor en Caseros lo pintó para conmemorar el centenario de la derrota de la tiranía y a expreso pedido del Club Social de Paraná.

El General D. Justo José de Urquiza está representado en actitud sedente, en los días que desempeñaba la presidencia de la Confederación Argentina. Urquiza viste pantalón blanco, guerrera azul bordada con borlones en oro y cruza su pecho la banda de moiré blanqui-celeste, signo de su alta magistratura nacional, y cinturón rojo con hebillas y bordados de oro. Su mano derecha descansa en el puño de su bastón de mando, todo de ámbar, y en la izquierda muestra la Constitución por él proclamada en 1853. En segundo término, sobre la mesa que cubre un tapiz encarnado, se destaca el elástico que Urquiza usó en las grandes solemnidades.

La efígie del Gran Entrerriano es grave y solemne. Su mirada, firme e inquisitiva, se proyecta a lo lejos como animada por un mundo de recuerdos...

Alejado del Uruguay desde hace medio siglo, no por eso Alejandro Márquez ha olvidado su terruño natal. El nos lo evoca con filial cariño y de aquellos sus días juveniles están presentes las amables tertulias en casa del Dr. Dn. Pablo de María, los paseos al Prado y las funciones de teatro en el Solís, y con orgullo nos relata sus lejanos vínculos con la estirpe Artigas. Cuando niño trató a Da. Josefa de María de Artigas —por todos llamada Tía Pepa— viuda del Coronel don José María Artigas, hijo único legítimo del Prócer, y su suyo fué y de sus manos pasó al Museo Histórico Nacional el pequeño escritorio de campaña del vencedor en Las Piedras, hoy lo vemos trabajar, con entusiasmo y amorosa dedicación artística en una gran tela representativa del Exodo del Pueblo Oriental.

Aristo FERNANDEZ.

(Especial para EL DIA).

Buenos Aires, 1952.

(1) Don José León Pagano, el conocido crítico, en su libro "Historia del Arte Argentino", en que reproduce el retrato de Monseñor Martínez, al referirse a D. Alejandro Márquez dice que especializado antes en el retrato se ejerció luego en el paisaje. "Señalemos —agrega— una obra de empeño en el "Retrato de Julián P. Martínez", todo él resuelto en gama roja. Al estudio del carácter añadió Márquez en este óleo dilatado un problema de color, no leve por cierto. En otras efígies —femeninas— acudió a tonos claros y fué en seguimiento de armonías elegantes. En el retrato de monseñor Martínez buscó otro ritmo, de sencillez severa, conforme al motivo, es decir, a la condición espiritual del modelo. Recordemos el "Retrato del señor R. de Harilaos de notable parecido. Antes había pintado obras tan bien logradas como el Retrato de doña Delia Gowland de Echazarreta de López Cabanillas. En este orden consiguiera Márquez su propósito. Hay en él un retratista. El pintor de paisajes propende a los efectos soleados. Lo mueve un anhelo: el de realizar animadas y vivas impresiones de color, y, dentro de ellas, la luz por acentuados contrastes de sombra. No busca en estos tonos de plenitud tintas fluidas, aéreas. Su objeto es acentuar los colores brillantes y alcanzar de ese modo armonías luminosas. En Alejo, en los mayores, ello se logra con ágil destreza. Así en El Gobierno, rincón de San Isidro visto desde las barrancas de Elordondo, y en Puerto Viejo, Paraná."

CANAS... TABLETAS DE SANTO

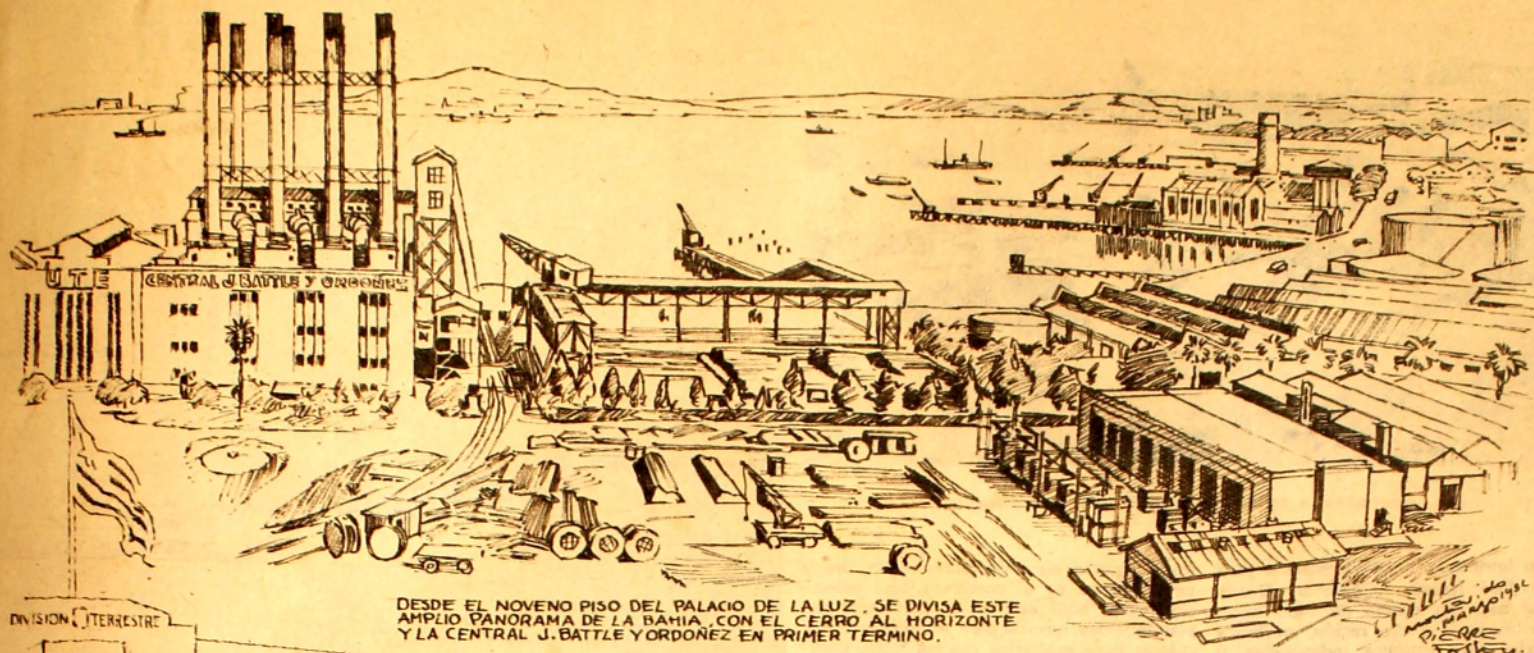


UNA MARAVILLA POR SOLO \$1.00

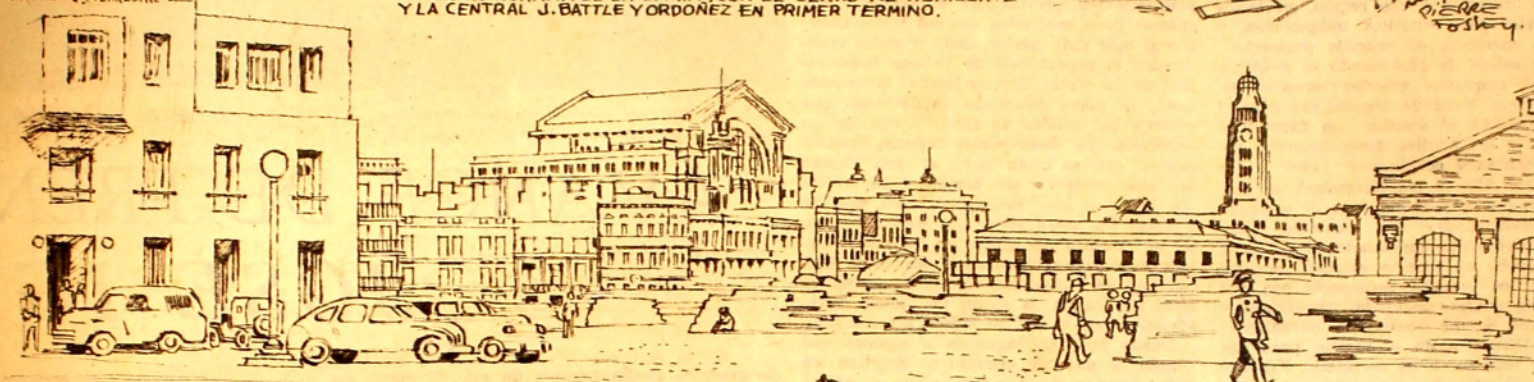
Unicas en el Mundo para teñir las canas en pocos minutos y en los siguientes tonos: NEGRO, CASTAÑO, CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO CLARO y RUBIO, de una naturalidad sorprendente. Se vende en cajas de una tableta al precio de \$1.00 suficiente para teñir una abundante cabellera. Fídala en todas las farmacias, tiendas y perfumerías de la República.

Distribuidor FRANCISCO ALONSO ADAMI S. A. Colonia 1268 Montevideo

ESCENOGRAFIAS PORTUARIAS ☆ Apuntes por Pierre Fossey

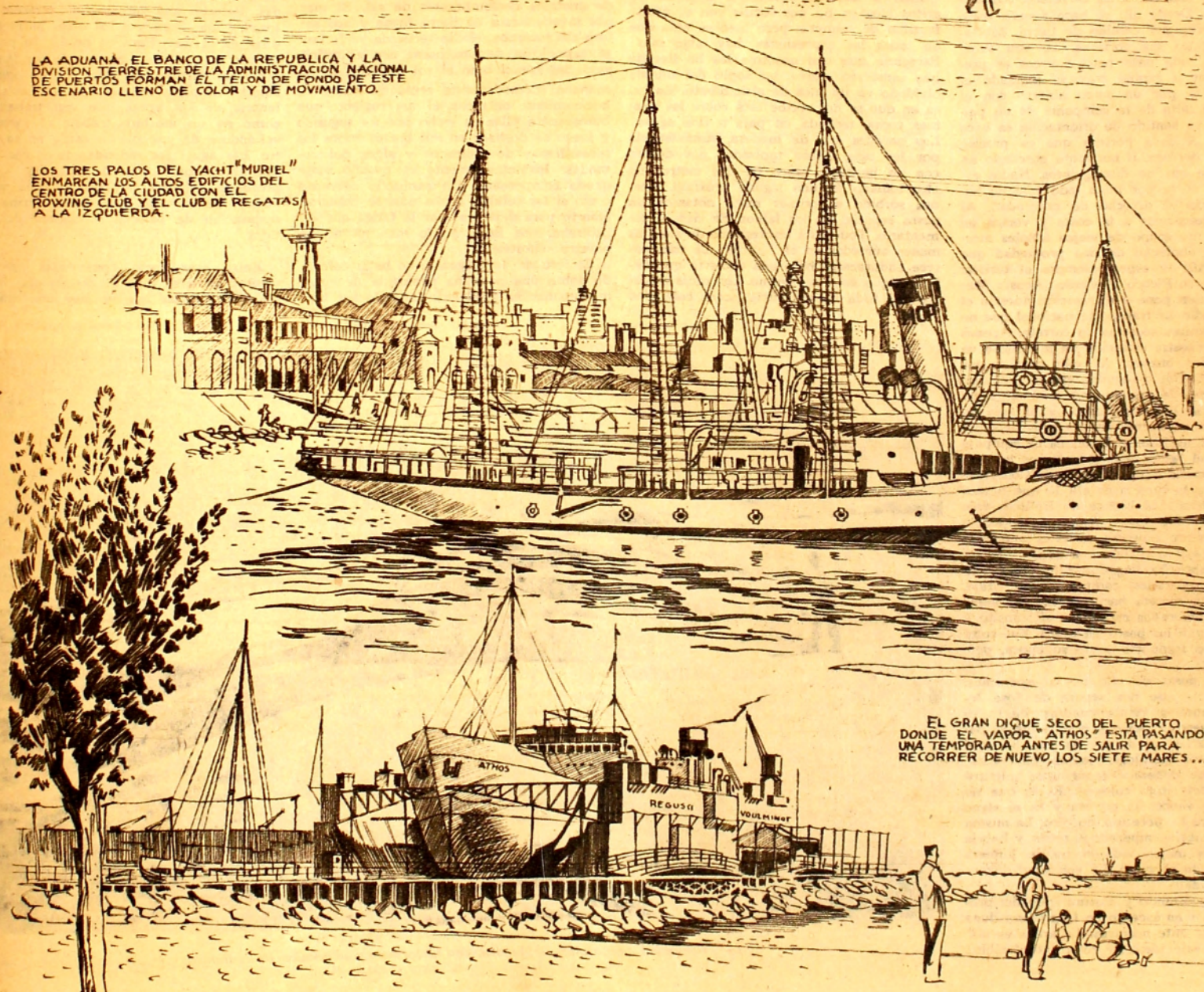


DESDE EL NOVENO PISO DEL PALACIO DE LA LUZ, SE DIVISA ESTE AMPLIO PANORAMA DE LA BAHIA, CON EL CERRO AL HORIZONTE Y LA CENTRAL J. BATTLE Y ORDÓÑEZ EN PRIMER TERMINO.



LA ADUANA, EL BANCO DE LA REPUBLICA Y LA DIVISION TERRESTRE DE LA ADMINISTRACION NACIONAL DE PUERTOS FORMAN EL TELON DE FONDO DE ESTE ESCENARIO LLENO DE COLOR Y DE MOVIMIENTO.

LOS TRES PALOS DEL YACHT "MURIEL" ENMARCAN LOS ALTOS EDIFICIOS DEL CENTRO DE LA CIUDAD CON EL ROWING CLUB Y EL CLUB DE REGATAS A LA IZQUIERDA.



EL GRAN DIQUE SECO DEL PUERTO DONDE EL VAPOR "ATHOS" ESTA PASANDO UNA TEMPORADA ANTES DE SAIR PARA RECORRER DE NUEVO, LOS SIETE MARES...



Las construcciones primitivas que perduran en el lugar.



El faro de José Ignacio.

AVANCE DE FRENTE JOSE IGNA

ERA un interrogante esta invitación para ir a José Ignacio. ¿Cómo ir? Recordaba que hace un cuarto de siglo había realizado un viaje a esa región, en busca de material para estudios indigenistas, y guardaba memoria de muchas peripecias. Desde la salida de Maldonado se multiplicaban los pequeños grandes inconvenientes. El viejo Ford de bigotes era sólo el que atropellaba el camino con éxito. Dió en llover y las huellas desaparecieron entre los pantanos colgándose junto a los alambrados. Allí se transformaban en planos inclinados deslizantes con el obligado escurrimiento lateral del vehículo hasta quedar suavemente depositado en el barro. Si se salvaba el camino estaban aún los pasos de los arroyos esperando con sus puentes de madera astillada, trepidantes y temblorosos. Se me tranquilizó. Actualmente puede llegar hasta el mismo paso del Tigre por una excelente carretera: Kilómetro 163,5. Desde allí se hace ángulo recto y se marcha por camino de tierra. Molestan un poco las porteras. Se van sucediendo a cada paso pero a veces es preciso tomar a campo traviesa marcado el rumbo sólo por un surco abierto con el arado. La falta de la compañía de un paisano con su sentido de orientación se hace evidente. A cada portera que es preciso abrir se interroga al horizonte buscando un informante que no distinguimos. Nadie está seguro si va por buen lado y si no habrá violado el derecho de propiedad. Al fin nos acercamos a la costa y vemos en una loma un grupo de viejos árboles mostrando el abolengo de una propiedad que cobijan. Allí se espera siempre al turista: es la casa de Picoco Machado (Acosta Machado) quien pone a disposición nuestra el mejor medio de transporte nacional que no guarda técnicas secretas: la carreta. Apenas expuesta nuestra situación un muchacho va a uncir los bueyes. Al solo nombre los animales, tardos y seguros, vienen a ocupar el lugar que les corresponde bajo el yugo. Miramos la lenta operación y el médano que parece invitarnos con su superficie pulida y nos decidimos. Dejamos el equipaje a cargo del "guri" y emprendemos la marcha ascendiendo por el médano. Comprendemos que la carreta es allí lo que hemos repetido frente al bronce de Belloni: vale más que todos los transportes modernos juntos, porque ninguno de tales vehículos puede afirmar que llegará a destino; la carreta siempre ha llegado. Ellos necesitan caminos preparados, campos de aterrizaje, puertos. La carreta hacia su camino antes que los alambrados canalizar el tránsito y transformaran los pasos en pozos. Fue completa como transporte y, en su época, perfecta...

Pero a pesar de ello no la esperamos. La distancia que nos separa de José Ignacio alcanza a veinte cuerdas; cierto es que se muestran penosas pero a pie es posible salvarlas en menos de una hora. Y toda nuestra psicología incide para mostrarnos que debemos ganar unos minutos saliendo del ritmo colonial. Es lo que no ha podido vencer la carreta y es el signo bajo el cual ha perecido, no otro. La misma bicicleta habría empezado a morir y habría encontrado mejor vida si no se hubiera transformado en moto. La velocidad devora a la velocidad.

Y así analizando y murmurando del progreso vamos en ascenso en la primera duna que se alza ante nosotros. La arena es allí, aún el paisaje ideal de color intraducible.

Para lograrlo sería necesario moler oro y poner detrás de él porcelana azul celeste iluminada. Sólo así, oro y porcelana resplandecientes, prestándose mutuamente sus colores para exaltarlos con un brillo inasible al más gran pintor, cielo y arena constituyen el espectáculo de belleza inenarrable de la costa. Descendemos fácilmente hacia la playa buscando el descanso que ofrecen las huellas un tanto firmes de los vehículos. Ya distinguimos algunas "poblaciones" que se alzan junto al faro. Tienen ese aire mimético que toman todas las cosas junto al mar abierto. Árboles, piedras y hasta los seres vivos que deben enfrentar el viento y las agujas de las arenas voladoras parecen chanflados: las casas buscan las dos aguas, los coronillas cortan en bisel sus capas, la gente se inclina hacia adelante para eludir las arenas erosionantes.

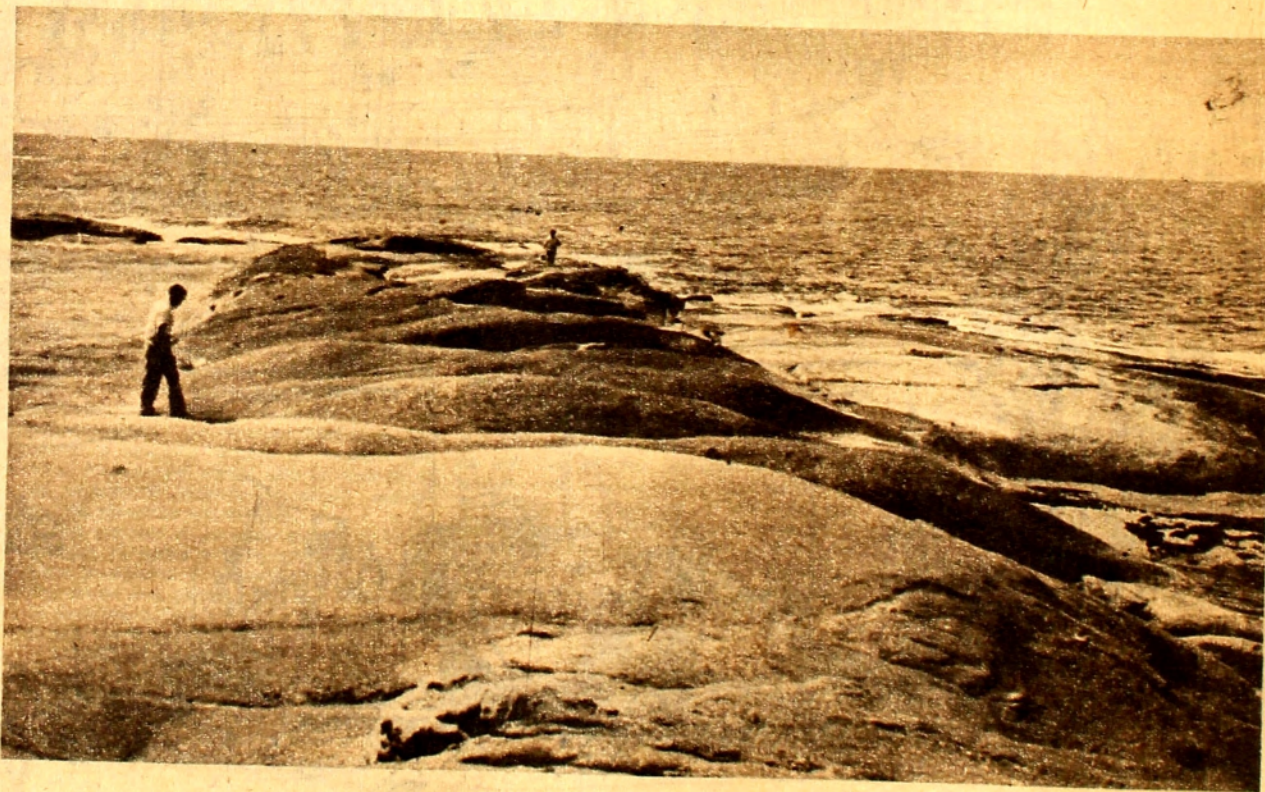
Desde lejos distinguimos a algunos que vienen a nuestro encuentro. Estallan en gritos alegres. Se nos recibe con el afecto familiar de siempre; pero bien se nota que en todas las expresiones hay algo más. Parecería que con nosotros les ha llegado una sensación nueva, un soplo del mundo olvidado en un mes de aislamiento. La casa en que se nos recibe está sobre las mismas rocas, techada en paja a dos aguas. Las paredes son de madera, suministrada por las olas. Están tapizadas por dentro con un hermoso junco de dos metros de alto tomado de una laguna próxima. Apenas sorbido el primer mate notamos un gusto especial en los labios. Se rien al comentarlo. Todo está impregnado de sal. Las manos húmedas en el "salitre". La cara parece endurecerse bajo una cubierta que deja el soplo del aire marino. Las rocas muestran en toda su superficie pozos colmados

de cristales deslumbrantes de sal. El mar nos invade hasta en tierra firme y nos satura sin tocarnos. Nadie recuerda ya la larga expedición de dos horas con el difícil paso del arenal bajo el sol ardiente de la mañana. Cómodamente sentados vemos el hacinamiento de rocas, el mar rugiente que busca entre ellas su lecho por un segundo y luego se deshace en mil brazos sobre las rocas llenas de moluscos y algas policromadas. Instantáneamente el pesado viaje queda compensado. Un profundo descanso como si las células, una a una, se hubieran abierto para dejar escapar la fatiga que las saturaba, nos llega de lo más íntimo de nuestra cenestesia.

El faro de José Ignacio se halla colocado sobre una pequeña península de rocas que el mar ha modelado limando sus bor-

des. Parecen una sucesión de cetáceos colocados unos juntos a los otros hasta hundirse en el mar. Para no perder su parecido con las ballenas, de uno de sus flancos brota un surtidor de agua. Es un agujero abierto en plena roca con la paciencia milenaria de las aguas que van trabajando como en un mortero trabaja el majador, valiéndose de una piedra caída en su centro. Las aguas las redondearon y, con ella, por último perforaron la roca. De lo más profundo del mar, el agua a cada movimiento de su seno, echa hacia arriba esa respiración de ballena a manera de surtidor.

Entre esas rocas combatidas por los vientos, inmersa todo el día en olas furiosas, tan trágicas que no hay una que no



La extremidad peninsular, de piedra, con la forma característica de ballenas.

TURISTICO: IGNACIO



Aspectos interesantes de la hermosa playa.

haya sentido pasar la muerte sobre ella venida del mar, se bañan en este instante toda una colmena de párvulos en la primera edad. El espectáculo es inolvidable. Los pequeños no temen ni a la roca ni a las olas. Tienen la sabiduría de las intuiciones primeras. Allí han aprendido lo que es el agua y sus peligros. Aún no saben sino balbucear algunas palabras pero conocen con precisión hasta dónde es posible subir en las rocas y permitir que las aguas invasoras, ventosas, absorbentes y traicioneras, los bañen en sus brazos vivificantes. Se desarrolla aquí una "nueva sensibilidad". Es preciso cerrar los ojos o apartar la mirada porque la tragedia parece inminente a cada golpe de mar. Pero las madres sonríen tranquilas: "...ningún chico se ha golpeado jamás", dicen; "las aguas no los han ate-

haz de oro de la bahía en donde descansa el negro casco del Devorier naufragado y desagua la laguna de José Ignacio percibimos la silueta inconfundible de un gran edificio moderno y luego, a su lado otro, del mismo carácter. No podemos creer lo que vemos al reconocer en el horizonte las líneas del Nogaró y Playa Hotel que nos pareció alcanzarlas con la mano.

¿Era posible que todo aquel largo viaje lleno de interrogantes, empleando transportes primitivos, obligándonos a una marcha sobre arenas movedizas, que nos hizo creer nos habíamos alejado de todo centro de civilización, estuviera apenas a algunos kilómetros de Punta del Este? Nuestras dudas eran inútiles; la evidencia estaba allí señalando el absurdo que arrastra la manida frase, pretendiendo ser definitiva, de "turismo uruguayo". ¿Cómo era posible ignorar ese lugar con tales playas, las primeras en extensión y belleza después de Punta del Este y Port-azuelo, y la más oceánica de la costa desde Montevideo?

Es que los "árboles no dejan ver el bosque" a quienes tienen la obligación de sopesar estos valores. Es que aún hay mucho que hacer en los balnearios que han sido habilitados y llenan la atracción del momento para distraerse en estos rincones casi inaccesibles guardadores de este tesoro de belleza y salud que es nuestra costa. Pero es preciso subrayarlo: nada excelente se logrará asentado definitivamente, hasta tanto no se abarque el tema en todos sus términos. Y, aunque muchos de esos lugares que tienen en germen un futuro promisorio, no alcancen por el momento ni siquiera a ser señalados para la atención del público, es preciso impulsar obras edilicias coordinadas y completar su unión por medio de la imprescindible carretera costanera. José Ignacio está detenido en su de-

sarrollo turístico porque, se observa, su laguna exigirá donde desagua, un gran puente de costo elevado. Debido a este argumento inferior los vecinos se debaten actualmente por unirlo a la carretera a San Carlos. Ello permitiría su acceso pero no determinaría su verdadero valor, puesto que éste no aparecerá hasta que no se halle en contacto directo y rápido con los demás balnearios. Estas playas de José Ignacio son un paso más hacia el frente turístico del Este que no podrá tener justiciamente este nombre hasta que no una Montevideo con el Chuy.

Mientras tanto llega esta hora que es inminente, a pesar de cuantos inconvenientes se le pusquen — nacionales, técnicos e internacionales — no podemos menos que considerar como pioneros decididos a los escasos propietarios de esta península. Allí no hay comunicaciones; no existe un teléfono, ni aún en la oficina del faro, ni correo, ni policía, ni agua dulce. Una "cachimba" que amenaza agotarse diariamente, apenas la incomodan un poco, suministra de mal humor el único líquido potable.

En las noches cerradas ni una luz señala las barrancas de los caminos, salvo las luminarias que proveen los vecinos desde sus ventanas abiertas. Así fue Punta del Este cincuenta años atrás y nada pudo detener su crecimiento. Así llegará, aunque en otra forma, a ser José Ignacio en mucho menos tiempo; en cuanto la comprensión y la inteligencia de los institutos turísticos sepan percibir el rico venero de sus tesoros.

R. Francisco MAZZONI.

Maldonado, marzo de 1952.

(Fotos del autor).

(Especial para EL DIA).



La cumbre del médano desde donde se divisa la playa y el faro de José Ignacio.



Se disponiéndose a arrojar en una peligrosa ola.

morizado nunca". Y, guardando esta proporción, los jóvenes y las niñas han desenvuelto una intrepidez de veteranos salvavidas. Desde lo alto de un peñasco se precipitan en las grandes olas y se abandonan al elástico abrazo del mar que los lleva sin un rasguño entre puntas agudas hasta dejarlo suavemente en firme.

Toda la colonia vive fuera de la casa, bañándose o pescando. Hay días que el menú no consiste sino en productos del mar: ayer según se anotó en el almuerzo: sargos en escabeche, arroz con almejas, meros al horno y por la noche pejerreyes fritos. Todo huele a lo mismo y es lo mismo. El paladar apenas distingue pescados diversos sino un solo "frutti di mare", uno solo que no es más que el paladar fundamental del perfume, el paladar de marisco. Hubo bocados que no podían diferenciarse de la langosta de Chile. En realidad José Ignacio resulta un sitio privilegiado para los amantes del deporte de la pesca y puede hacer soñar el paladar de un exigente "gourmet".

Parten desde el faro hacia sus lados dos curvas graciosas de arena fina y limpia. Podrían compararse a dos alas de mariposa, a dos velos dorados suspendidos entre los extremos de piedra que terminan en la bahía. En ellas las aguas se desdobl原因 y ruedan largos trechos para descansar, al fin, blandamente. Contemplamos la inmensa extensión que abarcan, la belleza del panorama, sentimos la pureza de las aguas y del aire oceánico y comprendemos que ese rincón del Uruguay tiene un destino marcado que nada puede arrebatarse. De pronto, cruzando la mirada sobre el



Primeros baños.

ALLIANCE FRANÇAISE

18 DE JULIO 1968.

Teléfonos 889 58 - 919 79

MONTEVIDEO

INICIACION DE LOS CURSOS: VIERNES 14 DE MARZO
INICIACION DE LAS CLASES DE DIPLOME: MIERCOLES 19 DE MARZO
INICIACION DE LOS CURSOS DE FRANCES POR RADIO: ABRIL 4.
CURSOS COMPLETOS DE FRANCES. — CERTIFICAT D'ETUDES. —
BREVET. — DIPLOME SUPERIEUR. — CURSOS ESPECIALES:
TRADUCCION, LITERATURA, GRAMATICA, CONVERSACION. —
SALON DE TE.

Informes e inscripciones en la SECRETARIA DEL INSTITUTO de 9 a 12
y de 14 y 30 a 17 y 30 horas.

EL ANUNCIO QUE EL PAIS ESPERABA

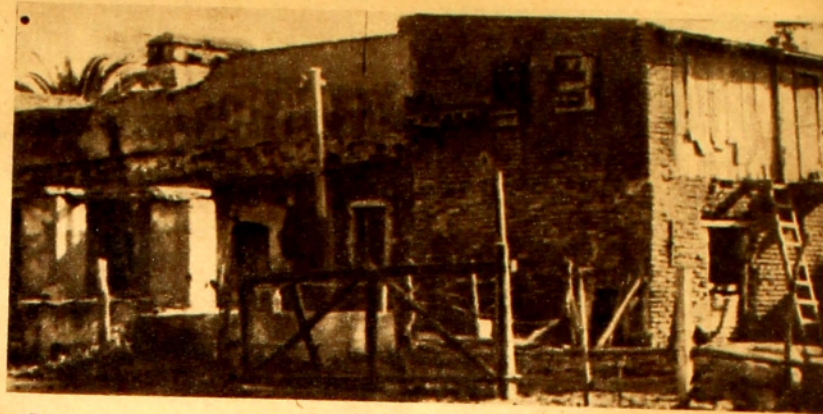
A nuestros amigos comerciantes
que nos distinguen con su pre-
ferencia y al público que con
su confianza ha hecho famosa
nuestra marca, anunciamos
que **LOS INSUPERABLES
PRODUCTOS PORCINOS**

Armour

ESTAN NUEVAMENTE A
DISPOSICION DE NUESTROS
FAVORECEDORES



FRIGORIFICO ARTIGAS S.A.
ZABALA 1338 - TELEF. 89646



Construcción que cuenta con mas de 150 años y está siendo demolida en estos días.
Pertenebió a la Chacra de Tejada y últimamente a la quinta de Ferreño.

UN GOBERNADOR DE

FRISABA en la cincuentena don Miguel de Texada, cuando abandonando sus heredades españolas dirigióse a estas tierras del Plata para servir en ellas a su rey, como lo había servido durante más de treinta años en la península y campos de Europa, sitios de Cuneo, batalla de Plasencia, ataque a Alejandría, toma del Monte Castelo.

Aquí, la tranquilidad de nuestra vida colonial no le permitía destacarse mayormente. Apenas su foja anota en 1773 la expedición al Yacuy, en que se defiende sin éxito contra los portugueses el territorio de Río Grande. Cuando en 1779 separan a Chinchilla de la Jefatura del Regimiento del Fijo de B. Aires con sede en Montevideo, lo suplantán con Tejada, quien ejerce en dos breves ausencias de Del Pino, años 84 y 90, la gobernación de Montevideo.

En el primer interinato encarece al Cabildo "el cumplimiento del indulto que el rey se ha servido expedir con el plausible motivo del parto de la Princesa, Nuestra Sra." En el otro, incide en la disputa entre el cura vicario de Montevideo y el Cabildo, "sobre si se debería enterrar o no cadáveres en las iglesias", y luego, con pompa inusitada, coloca la piedra fundamental de la nueva iglesia Matriz, piedra a la que el Cabildo, en el afán de perpetuar su esfuerzo, graba una inscripción con 84 palabras latinas...

Resignóse el soldado a la monotonía de los tiempos de paz de la colonia. Ascendía sin prisa: coronel del Fijo, gobernador de

armas, gobernador interino de Montevideo. Con tales títulos ha de conocerlo la ciudad en que se afincó para entregarle sus últimos treinta años de militar, a quien, al trasplantarse sin cambiarle sus hábitos ni debilitarle sus creencias.

Si conoció alguna pasión superior al respeto a su rey, no pudo ser otra que su devoción por su dios.

Era el primogénito del hogar que en 1724 formaran don Domingo Tejada y doña María de la Vega y Medina. Ha de guardar el hijo las tradiciones de esa casa que no conoce otro norte que el honor español, la cristiandad y la reyecía.

En sus posesiones de Antequera posee un Patronato de Legos. Cuando emigró al Plata lo dejará al cuidado de doña de la Encarnación, su hermana, quien irá guardando en él el culto por el jueves santo.

Andaluz y malagueño, si por esta raíz fuera don Miguel algo más exagerado que sus conterráneos, debía ser por fuerza franco y cortés, abierto y valiente, y generoso, con ese magnífico desprendimiento tan natural a los andaluces, como que es la parte más noble de su regional personalidad.

Dios y el rey.

Al último le dará su brazo, hasta cuando las fuerzas se nieguen a sostener la espada. Recuérdese el episodio singular que alcanza para guardar un nombre. Montevideo estaba al caer bajo el envión de los ingleses. Enero 1807. Tejada tiene 82 años. Por eso mismo no se le llama a la defensa de la ciudad. Pero a la cita de honor no ha de faltar el heroico Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos. Está postrado en cama. Penosamente vistese el uniforme que toan pocas veces ha tenido ocasión de lucir, y en brazos de dos esclavos, Ignacio y José, se hace llevar a la ciudadela, ocupando en ella su puesto de combate. La ciudad cae y él no muere. Pero su actitud nos ha mostrado a un poeta del gesto.

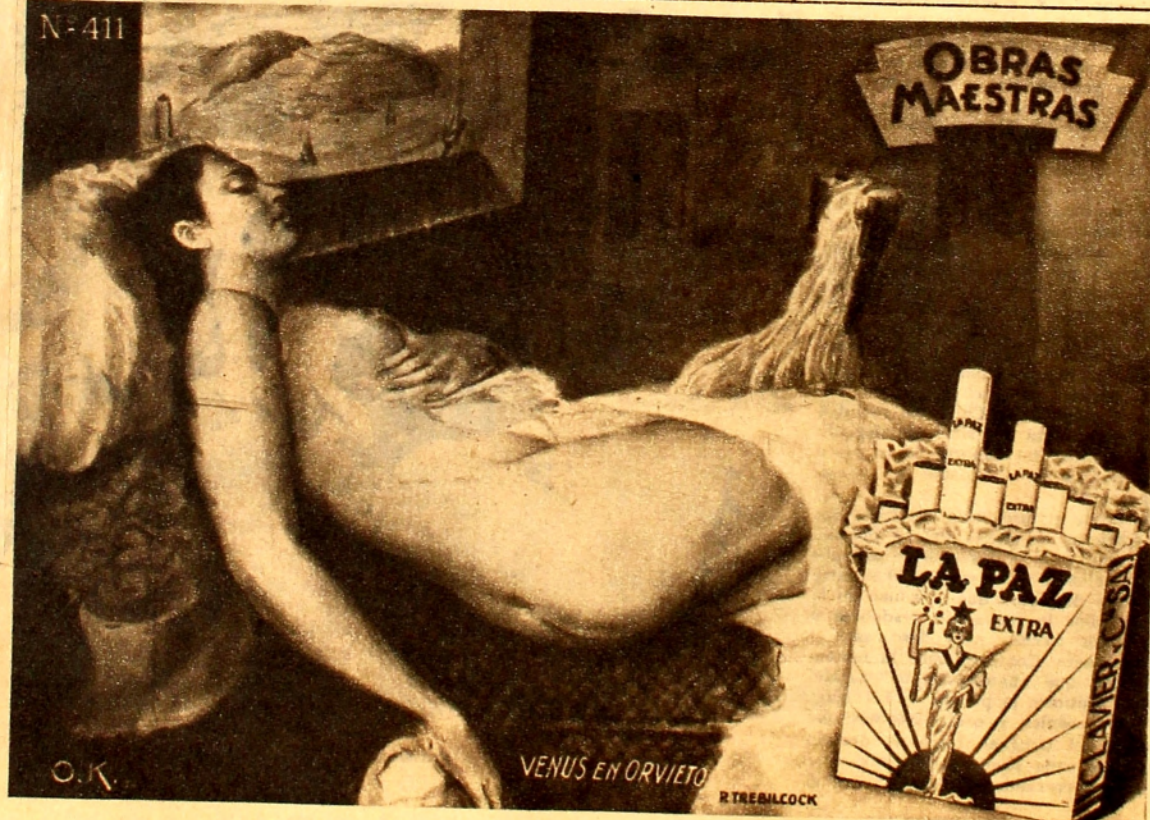
A su religión habría de consagrarle hasta su estilo de vida. Para costear el mantenimiento del Patronato lejano, afectará don Miguel todas sus fincas. Para su segunda hermana, y con los mismos fines, apartará el creyente las rentas del cortijo de Cañavaralejo, cuyo mayorazgo había recaído en él por herencia. Sus demás bienes los aplicaba, "sin reservaciones de cosa alguna", al sostenimiento de su máxima devoción, no excluyendo de ese sacrificio ni siquiera la casa de la calle de San Carlos.

LA CASONA

Como buen español, Tejada cuidó la dignidad de su morada. No podía olvidar la tierra de donde provenía y en la que transcurriera su infancia, los robledales de Antequera, la amplia vega, las sinuosidades de la sierra a cuyo pie la ciudad se extendía con modesta gracia. Recordaba la piedra de su provincia andaluza, granito rojo con que se edificara el poblado al que tres siglos antes el conquistador diera por armas una jarra de azucenas entre una fortaleza y un león.

A todo costo edificó Tejada su casa. De azotea, con altílo. Ventanales de hierro forjado hacia la calle, bajo el tejadillo, dispuestas a ambos lados de dos grandes puer-

N-411





Vista de Montevideo a principios del siglo pasado.

MONTEVIDEO, EN EL CARDAL

tas de entrada abriéndose sobre umbrales de algarrobo. Patio enlosado, con tinajas y macetones, corredor colonial, cuyo techo de tejas se apoyaba en tirantes de lapacho. Aljibe con brocal de piedra, tapa y pescante de hierro forjado, junto al cual la sonora pajarera guardaba la sombra de la parra que cubría los patios extendiendo ramos hasta la cochera.

Y luego el mobiliario. Lo más rico que pudiérase exigir a la artesanía de la época, adornaba las estancias de la casa del coronel. La sala encerraba piezas de estilo, mesa de arrimo, con floreros de porcelana, sillas tapizadas en cuero, cómodas, diván "con almohadones de India", un gran brasero móvil, como en toda casa rica de los Torcales. Comedor de muros encañados y piso de madera ensamblada, con ventanales a dos batientes, a través de cuyos vidrios penetraba la selvática visión del patio, techo artesonado sobre vigas de dura madera labrada, mesas y arcones, sillas de asiento pajizo, rinconeras de nogal. Y dos cuadros únicos: el Santísimo y la Inmaculada.

En ciertas fechas, siempre relacionadas con efemérides reales, encendíanse los candelabros y surgían de los arcones la rica mantelería y la vajilla de plata para agasajar a la mejor sociedad de Montevideo, reunida en casa del coronel del Fijo.

En el dormitorio, lujo de sibarita, podía verse "una cuja catre" de madera vetada, anticipo del mueble convertible de nuestros días. El cortinado pendiente de su cenefa, protegía la exótica cama, cubierta con rica colcha de damasco. Las sábanas y las almohadas eran del mejor hilo de Bretaña. Las guardaban tres amplios arcones, mientras los uniformes del coronel pendían del techo de un ropero embutido en la pared, primer placard que haya conocido la ciudad de Zabala.

Hincado frente a sus imágenes sacras, rezaba Tejada antes de retirarse a descansar. Uno de los esclavos encendía el candelabro de su amo, quien muchas veces leía en la alta noche.

En la casa de la calle de San Carlos, no había lugar para una mujer...

Tal vez no sea exacto ni justo el recuerdo, pero nos llega el de aquel monje egipcio que pasó cinco años en una tumba, saliendo de ella muerto para las tentaciones de los sentidos. "La imagen de la mujer que hasta en la vejez siguió turbando a Macario y a Antonio, sólo le causaba a ese monje de la Tebaida, horror y repulsión."

LA CHACRA DEL CORONEL DEL FIJO

Cuando don Miguel se sentía deprimido, su famosa berlina "con guarniciones" podía arrancarlo a su melancolía. Cruzando el portón de San Pedro, tomaba muy a menudo hacia el lado del Este.

Conservando su elegancia hasta su vejez, lucía a veces su uniforme del Regimiento del Fijo: casaca azul con botonadura de metal blanco, calzón corto, azul; porteñuela ancha con hebillas, botas blancas con botonadura, sombrero elástico y coleta. En ocasiones vestía traje negro, bien ceñido, que hacía resaltar su delgadez y le daba aspecto de torero.

¿Qué podría encontrar Tejada por ese camino a Maldonado, sendero entre cardos, a no ser perdices, liebres, algún guazubirá venido de las sierras?

La berlina cruzaba el Cardal, que no encerraba entonces ni un alma. Pero en su centro, desde 1784, el coronel tenía su chacra.

De ahí sus salidas al Este, donde la berlina podía cansarse de rozar cardales o médanos si es que se le ocurría tomar la senda abierta ya hasta el Paso de Carrasco. Ni un saladero todavía por esos parajes, donde pronto habrían de multiplicarse con Gestal, Magariños y Balbín Vallejo.

Por esas épocas un solo habitante tenía el paraje de las Piedras Blancas nativas: Perico "el Canario", a quien pudo ver Tejada, rodeado de perros y de cabras, si hubiera guiado la berlina por la senda, abierta ya, de la Cuchilla Grande.

Para un alma como la de don Miguel, ¡qué angustia correr por los campos horas y horas sin ver un hombre en el horizonte! Pero él tenía su oasis, su chacra, sus árboles, mimados por él, en el centro mismo de ese Cardal donde hoy se levanta la Unión, y sus esclavos y su agua clara surgiendo de los manantiales que rodeaban su quinta...

Se sabía bien querido de sus subordinados, que apreciaban al taciturno que había sido gobernador. Del Pino mostró desde el principio genialidades que viraron pronto a su soberbia y despotismo. La población gustó luego la administración correcta y suave de ese coronel del Fijo, al que nunca se oyó un grito, ni una amenaza, porque su taciturnidad lo inclinaba al silencio y a la contemplación, y que era tan distinto, tan opuesto a la manera de ser de Olaguer y Feliú, su sucesor, quien, tras sus modales afectados y sus exagerados cumplimientos, que le valieron el mote de "el ceremonioso", ocultaba un frío despotismo que habría de valerle al fin una sustitución violenta.

Se ha dicho que los hombres que mucho leen tienen una secreta propensión a la tristeza. La biblioteca de Tejada, con títulos exclusivamente religiosos y militares, le acortaba sus noches. En esa selectiva colección figuraba un volumen de tema realmente sugestivo: "Las meditaciones", sobre el cual no se cansa de divagar nuestro amigo Juan Alberto Gadea, a quien nunca agradeceremos bastante su generosidad de facilitarnos cuanto ha logrado encontrar sobre Tejada en afanosa búsqueda de archivos. Tal vez explicara esa libro algo del carácter retraído del coronel, su melancolía, su incurable amor a la soledad, que habría de impedirle formar una familia, conocer el amor, gustar la confianza y la ternura compartida.

Avellaneda, Industria sesgando a Miro, Serratos y Comercio, forman el perímetro que encerraba la chacra de Tejada, en cuya área cabían las quintas de Balparda, Guerra, Romeu y Ferreño. En ésta, frente al Campo Español, se levantaron las poblaciones de la chacra del coronel, las que en 1843 fueron utilizadas por el general Oribe para instalar en ellas, "en este paraje

de los Olivos", su juzgado y su cárcel. Acaban de demoler esas construcciones de siglo y medio. Pero nosotros hemos salvado tres ladrillos enormes para nuestra chimenea de Carrasco.

Tejada elevó su quinta del Cardal a la altura de las mejores del Miguelete. Se jactaba de poseer el peral del Buen Cristiano, traído de Cataluña por Eusebio Vidal; duraznos españoles, cedidos por Calvo, y priscos de los que trajo Guerra de Buenos Aires. Tuvo manzanos de los que dijo el marqués de Loreto, "que al revés de los de España, se dejaban comer".

Lo visitó un día de 1808 el padre Pérez Castellano, quien hizo su elogio en "Observaciones sobre Agricultura". Una incidencia entre ellos puede aclarar algo el carácter del coronel, quien pidió al sabio ilustre, en esa visita, su opinión sobre un peral injerto en manzano y cuyo aspecto no era entonces muy favorable.

El fallo fué adverso. Ese peral moriría, sin duda alguna.

Meses después, en otra visita, con una leve sonrisa, Tejada mostró a Pérez Castellano "el muerto resucitado".

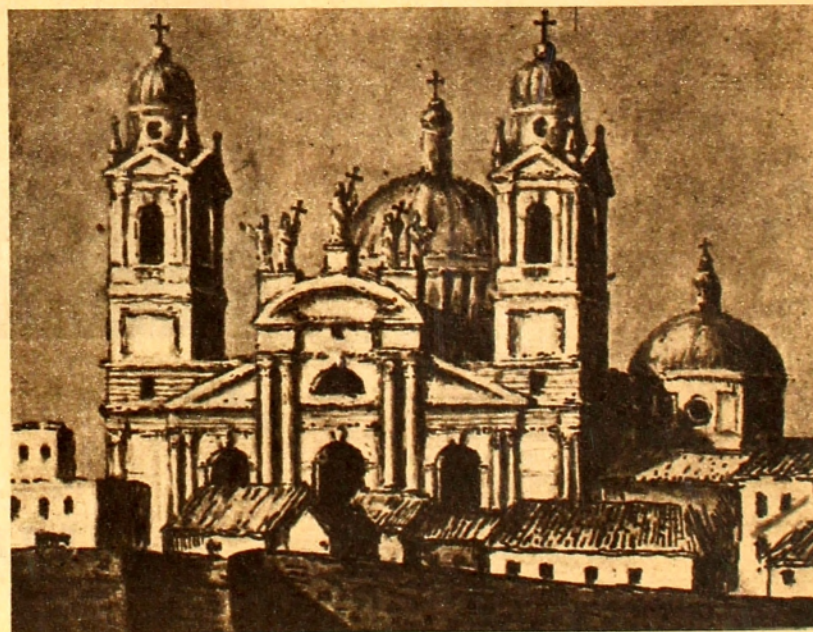
El sabio, examinándolo de nuevo, movió la cabeza.

—No ha de durar mucho —sentenció.

Tuvo razón, también, esta vez. No duraron mucho ni el peral ni Tejada, a quien lo sorprendió la muerte a tiempo para no asistir a la revolución del año diez.

Se había sentido morir en 1789, 1803 y 1808. En testamentos y codicilos, grabó sus temores y sus larguezas: "así quiero ser enterrado, tanto para la iglesia, tanto para los míos, tanto para los que supieron cuidarme bien". Noli le había comorado su chacra y la debía. No se acuerda de ello Tejada en el ajuste. Tiene ahora seis esclavos. Les deja una fuerte suma y a varios los libera.

Ha vivido en olor de santidad y en él ha de morir: el hábito de terciario franciscano será su mortaja. Confía al sacerdote su alma y su cuerpo al cirujano Martín de Montújar. El primero lo ayudará a entrar en la eternidad; el otro a cruzar el umbral del convento de San Francisco, donde lo enterrarán en 10 de enero de 1809, precediendo al cuerpo los negros que en inútil pompa cargan los uniformes del mariscal, mientras las campanas de la Matriz que él empezara a levantar veinte años antes, doblan muy despacio, a expreso pedido hecho la víspera por el moribundo...



La Matriz de Montevideo, cuya piedra fundamental colocó Tejada en 1790. Dibujo de 1794, por Bravilla. Copia en poder de Horacio Arredondo.

Pronto se aventan los bienes. Domingo Navarro compra la casa de la calle de San Carlos; Manuel Diago, la berlina; Bernardo Suárez el bastón con puño de oro. Gadea asegura que es el mismo bastón que custodió el Museo, después de haber sido usado por don Joaquín Suárez a través de casi toda su admirable vida ciudadana.

Irreverentemente se vende los uniformes. La indiferencia pública obliga a que se malbaraten en la Casa de Comedias. Ahora podrán los cómicos usar los auténticos trajes que vistiera un gobernador de Montevideo, casaca, chupa, calzón y sombrero galoneado del uniforme de mariscal; frac de casimir azul, capa bordada, traje de brigadier, oropeles que fueron testigos de la elegancia y arrojo de su dueño, soldado con alma de cartujo, que recorrió los caminos ásperos y gloriosos de la consecuencia y la lealtad.

Hemos tratado de recrear un alma al Mariscal de Tejada, a quien recordamos tiernamente por haber respirado hace casi doscientos años el aire de nuestras tierras del Cardal. Quisimos conocerlo bien, para no desvirtuar en lo mínimo la verdad histórica en cuanto a su sicología. Que se nos perdone si hubiéramos errado mucho por incompreensión.

Mary Robertson dijo: —"Como las sirenas aman el mar, así amo el pasado". Y France: —"El respeto al pasado es la única religión que nos queda".

No podemos comprender del todo, entonces, la turbación de aquel profesor que leyendo en clase un día El Genio del Cristianismo donde dice Chateaubriand que vio tres huevos azules en un nido de mirlos, preguntó de buena fe a los muchachos si los huevos de mirlo les parecían, en realidad, azules...

Antes que respondieran dijo:

—"A mis ojos... son grises, son grises..."

Y luego, con un suspiro:

—"Feliz de Chateaubriand que pudo verlos azules!"

M. Ferdinand PONTAC

(Especial para EL DIA).

Fuentes: Juan Alberto Gardea, Archivos nacionales; Ariosto Fernández, Archivos argentinos; Eugenio T. Cavia: Enrique Udaondo, "Diccionario biográfico colonial argentino".

SENTADO a un escritorio pequeño y modesto, como la estancia en que se encuentra, el anciano, chupado y encorvado, escribe y escribe. Estamos en Nueva York, por los finales del primer cuarto del siglo XIX. El anciano tiene la nariz y el mentón largos, salientes, la boca fina y sumida, y unos ojos oscuros, vivos y penetrantes. Se advierte todavía que debió ser apuesto en sus años mozos. El frío de aquel invierno neoyorquino le obliga a arroparse abundantemente. De cuando en vez, yergue la cabeza y permanece suspendido unos minutos, como mirando al vacío. En realidad, lo que sigue con la interior mirada, en aquella pieza fría, callada y penumbrosa, es su pasado aventurero, inquieto, con violentos contrastes de luces y sombras.

Se llama Lorenzo Da Ponte y es italiano. Nació, no lejos de Venecia, hace más de setenta años. ¿Cómo ha venido a dar aquí, a este mundo nuevo aún a medio hacer, a esta ciudad lejana, tan distintas de las que él conoció? ¿Podía ser este lugar adecuado refugio para su ancianidad? Fulgen en su recuerdo los esplendores de la Venecia y la Viena setecentistas, con su arte y sus fiestas incomparables. La melancolía le invade, alguna lágrima resbala por sus mejillas descarnadas al añorar aquellos años felices. Pero no había otro remedio. Los fracasos, las penurias, las deudas lo habían enredado a tal extremo que la única solución era huir a América. Aquí estaban ya desde algún tiempo, su mujer y sus hijos, y llevaban varios años su suegro y su cuñado.

El anciano escribe ahora sus memorias. Los pliegos que va llenando con su escri-

ta elegante y aún firme, pasan en seguida a sus alumnos. Pues para ganarse el pan, se ocupa, entre otras cosas, de dar clases de italiano. Ha conseguido despertar en un grupo de personas selectas la afición por la lengua y la literatura de su patria, aquí casi

ignoradas. Da Ponte es un fervoroso amante de Italia, y tal fuego pone en la exaltación de su cultura que los calmos y serios norteamericanos que le escuchan quédanse, al fin, cautivados. Las memorias que escribe sirven como de texto a sus discípulos. Pero no es sólo esta finalidad pedagógica lo que le mueve, sino, sobre todo, la necesidad de recordar y revivir su pasado y que no muriera por entero. En esas memorias, desgraciadamente, no puede ponerlo todo. Hay episodios de su vida que no hubiese podido referir a estas personas austeras, severas, puritanas. Mucho — sobre todo de lo que tiene concernimiento con sus múltiples y variados amores — debe silenciarlo.

Su esposa le ayuda en el menester pedagógico. No pocos de los alumnos hablan ya correctamente el lindó toscano y no es raro oírlo en las reuniones de la gente de viso. Da Ponte casi logra poner de moda su habla materna en la buena sociedad neoyorquina. Y esta tendencia italianizante se va a reforzar con la introducción de la ópera italiana. El que la funda en Nueva York



Teatro de Haymarket, de Londres donde Da Ponte trabajó de libretista.

ESTAMPAS VIEJAS

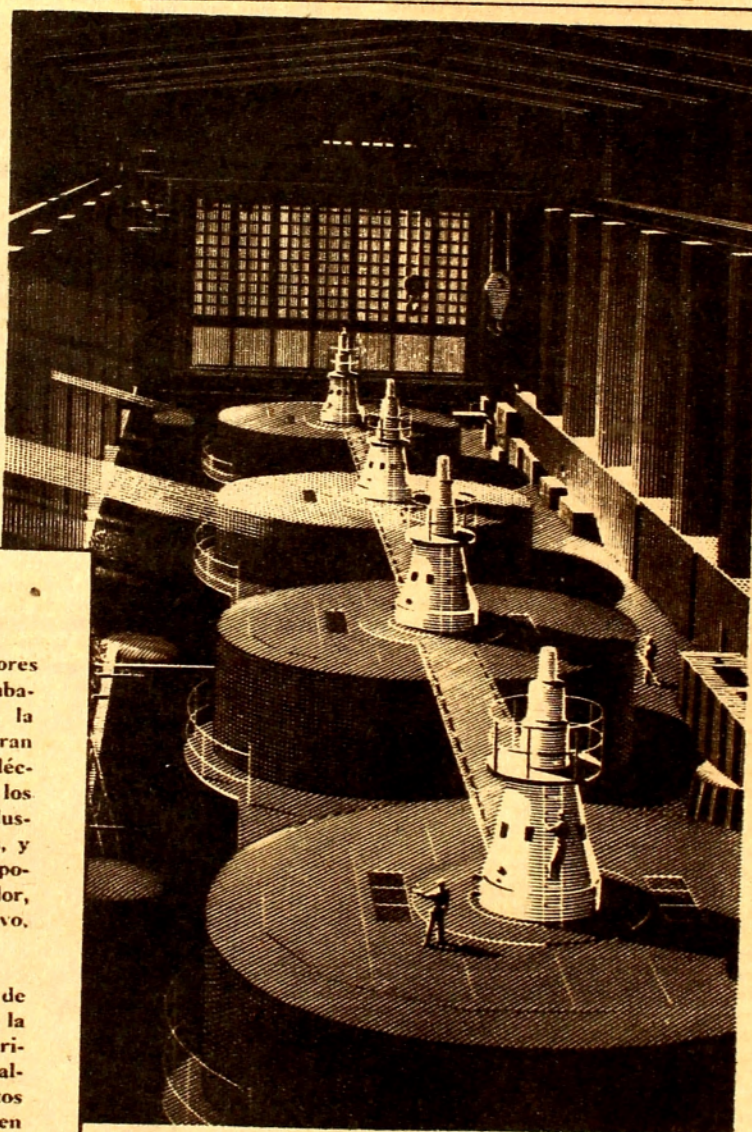
LA VIDA DE UN LIBRETISTA

La
fuerza de
colosos
puesta a su
servicio!



Estos enormes Generadores General Electric de 35.000 caballos cada uno, instalados en la Usina de Río Negro, suministran la mayor parte de la energía eléctrica que en el Uruguay mueve los poderosos engranajes de la industria, ilumina ciudades enteras, y facilita las tareas de su hogar poniendo en marcha su refrigerador, lava-ropas, aspirador de polvo, lava-platos, etc.

Ya sea con la construcción de estas gigantescas máquinas, con la fabricación de diminutas lamparillas para un médico, o con cualquier otro de los 200.000 productos que General Electric fabrica en distintos lugares del mundo, la contribución de esta vasta organización al servicio de la industria y la economía del país, se traduce siempre en un mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de todos los hombres.



Ud. puede confiar en

GENERAL ELECTRIC
SOCIEDAD ANONIMA

es un español que se llama Manuel García. El veneciano ha dado su más cálida ayuda al español en la aventurada empresa. Lo ha sostenido con su estímulo y lo ha ayudado con su experiencia. Pues no era poca la experiencia que sobre la ópera había recogido en sus andanzas por Italia, Austria e Inglaterra. En realidad, la ópera había absorbido lo más y mejor de su multiforme y volitiva actividad. Ahora, mientras escribe inclinado sobre esta mesa pequeña y humilde, rememora los momentos en que escribía cómodamente en aposento lujoso, sobre mesa hermosa y rica. Recuerda los éxitos de antaño, la gloria y el beneficio, el favor de los magistrados, el gozo de vivir con holgura y aureolado del renombre. Recuerda aquellos triunfos compartidos con compositores de la talla de Salieri y de Mozart. Ahora, cabalmente, en la insurrección de la ópera italiana que organiza García, se repondrá "Don Giovanni". ¡Don Giovanni! ¡Mozart! Aquel libretto lo había compuesto en una de las más bellas etapas de su vida. La emoción le hace temblar las piernas seniles, le corta el ya menguado aliento, cuando en ello piensa. Dentro de unas semanas, el 23 de mayo de aquel año de 1826, volverá a verlo. Le parecerá que su pasado retorna.

Cuarenta años atrás. En Viena. El espíritu ilustrado de José II irradiaba sobre la vieja corte imperial, afinando los gustos, acreciendo la afición por las artes, promoviendo amor por la cultura. En los teatros dominaba la ópera italiana, y al amparo de la protección del soberano y del favor del público vivían y trabajaban los compositores, actores, cantantes, músicos y libretistas. Salieri entre los primeros y Metastasio entre los segundos resplandecían como estrellas descolantes. Mozart iba cimentando, no sin esfuerzo, su fama imprecadera. Y Da Ponte había ya realizado, con lisonjeras perspectivas, varios librettos.

Lorenzo Da Ponte llevaba ya varios años en la capital de los Habsburgos. Procedía de una familia judía convertida al catolicismo por conveniencia personal del padre viudo que quería casarse con una cristiana. Lorenzo Da Ponte tomó este nombre del obispo que lo apadrinó, pues él se llamaba en realidad Emanuele Conegliano. El obispo, habiendo notado en el muchacho inteligencia y vivacidad, decidió costearle la carrera eclesiástica y nuestro Da Ponte entró en un seminario. Ordenado de clérigo, fué luego profesor en el mismo seminario en que había hecho sus estudios. Pero su ánimo inquieto y fantasioso le impulsó a dejarlo y se trasladó a Venecia: le seducía la vida mundana y placentera de la ciudad de los canales. Fué en ella uno de aquellos abates galantes, escépticos, ingeniosos y corteses tan característicos del siglo XVIII. Frequentaba moradas de gente distinguida y sus versos y sus agudezas le ganaron simpatías y protecciones; y también inquinas, su mordacidad. Quiso emplearse como preceptor, pero la fama de libertino que le daban le obligó a renunciar a tal función. Dedicóse entonces al juego y a vivir de parásito de algunos aristócratas. Y sus maledicciones y malandanzas

zas le obligaron, al cabo, malquisto de las autoridades, a salir de Venecia.

Después de pasar una breve temporada en Goricia y en Dresde, se apareció en Viena. Tenía Da Ponte una gran facundia versificadora, que ya había ejercitado en Venecia sobre todo en la sátira política. En Viena pronto descubrió que en nada mejor podía emplear tales dotes, dado el auge de la ópera italiana, que en escribir libretos. Con el que hizo para un músico español, Vicente Martín y Soler, a la sazón de moda en Viena, alcanza su primer éxito. La ópera en que ambos colaboraron se llamaba "La cosa rara" y fué muy bien acogida. Es entonces cuando Mozart se fija en él para proponerle que le componga el libreto de una ópera sobre la obra de Beaumarchais "Le mariage de Figaro", recientemente estrenada en París. El libreto de Da Ponte modificaba considerablemente el tono de la obra del autor francés, quitándole la aspereza de la sátira y las alusiones personales. En esto tal vez haya que ver más el influjo del músico, amable y delicado, que la natural propensión del



Retrato de Mozart.



Ana Grahl, mujer de Da Ponte.



Antonio Salieri, compositor para quien Da Ponte escribió algunos libretos.



Retrato de Lorenzo Da Ponte.

abate mordaz que en Venecia había hecho ya punzante sátira. Como quiera que sea, de esta manera tuvo nacimiento "Las bodas de Figaro". La ópera no gustó demasiado en Viena, a pesar de su gracia, su elegancia y su sonriente frivolidad. Pero, en cambio, sí entusiasmó en Praga. Y el éxito de Praga animó a los autores a escribir una nueva ópera.

En aquellos días el libretista se ve a la vez solicitado por otros dos compositores, nada menos que Salieri y Martín y Soler. Se halla ahora en el momento culminante de su vida. Treinta y ocho años, situación económica desahogada, protegido del emperador. A un tiempo, tres de los más renombrados compositores de Viena le piden libretos. Triunfa en los salones: las damas vienesas, distinguidas, apasionadas, hermosas, lo reciben con complacencia, gustan de su labia colorida y picante. Tiene no pocas aventuras galantes, se regala con una buena mesa. Pero trabaja intensamente, doce horas diarias. Pues su ambición y la seguridad que tiene en su talento le llevan a aceptar, a la vez, las tres demandas de libretos.

La sala en que trabaja es espaciosa, alegre. Tiene varias ventanas, festonadas de curvas molduras, que dan a un jardín. Los muebles también ostentan las líneas gráciles, ondulantes, del rococó. Ricas cortinas de raso mitigan la luz y los ruidos de afuera y crean en el aposento un ambiente placido y acogedor. Sobre la vasta mesa de noble madera con labrados adornos de bronce, aparece, frente a él, el recado de escribir, de frágil y clara porcelana sajona, el tintero con su menudo lago de negrura, la salvadera y el soporte de las plumas, con cuatro o cinco que le dan aire de corona de un rey de las Indias. El silencio es casi absoluto, sólo se oye el rasgueo del escribir en el largo pliego de papel de tina. De pronto el rasgueo cesa, el escritor queda pensando un instante, ha encontrado la palabra, prosigue. Pero otras veces el rumor de la pluma no se reanuda inmediatamente. Da Ponte se echa para atrás en el sillón, alarga el brazo a una caja de rapé que tiene a su izquierda y toma un polvo, o bien empuña una botella de vino de Tokay, dorado, aromado, que tiene a su derecha, escancia una copa y se la bebe. O acaso agita

una campanilla de plata, y como por magia aparece en seguida una hermosa doncella blonda, de dulce sonrisa, que le sirve café, masas, pasteles, lo que el señor desea.

Tales confortamientos y estímulos precisaba Da Ponte para soportar sus doce horas de labor diaria y los tres libretos a un tiempo. El aventurero y desordenado se impuso un riguroso plan que cumplía a rajatabla. El tabaco, el café, el vino, la belleza de la muchacha y lo demás corroboraban su vena poética; pero para hacerla rendir mejor y más adecuadamente acomodó lo diverso del carácter de las tres obras a distintos momentos del día. La mañana, fresca y alegre, la dedicaba a la mitología efórica del "Árbol de Diana" que escribía para Martín. En la tarde se entregaba a la sensualidad oriental del "Assur" que prometiera a Salieri. Y en medio de la oscuridad y misterio de la noche elaboraba el "Don Giovanni", figurándose que leía el Infierno de Dante. Y las tres obras vinieron a término felizmente. El "Don Giovanni", a pesar de las reservas o tibiezas con que fué al principio recibido, no tardará en asentarse como uno de los jales principales de la historia de la ópera. Para Da Ponte, esa obra, quizá el punto culminante de su actividad de libretista, vendrá siempre a ser como el testimonio de sus años de gloria. Por eso, en su vejez, asistiría tan conmovido a su representación en Nueva York.

✱

De Viena sale también, al cabo de quince años, de mala manera. Había pasado allí épocas excelentes pero, finalmente, sus desarreglos e incertidumbres le llevan a verse expulsado, luego de fallecido el emperador José II su protector. Entonces se traslada a Londres. Pero ya va casado. En una breve permanencia en Trieste hizo amistad con un cierto Grahl a cuya hija Ana propuso casarla con un amigo suyo de Viena que buscaba esposa. Empezaron los tratos y todo iba perfectamente cuando un buen día, el padre, de sopetón, le propuso que fuera él quien se casara con Ana. Urgiale largarse de Trieste, y aun de Europa, pues los negocios le habían ido mal, anda-

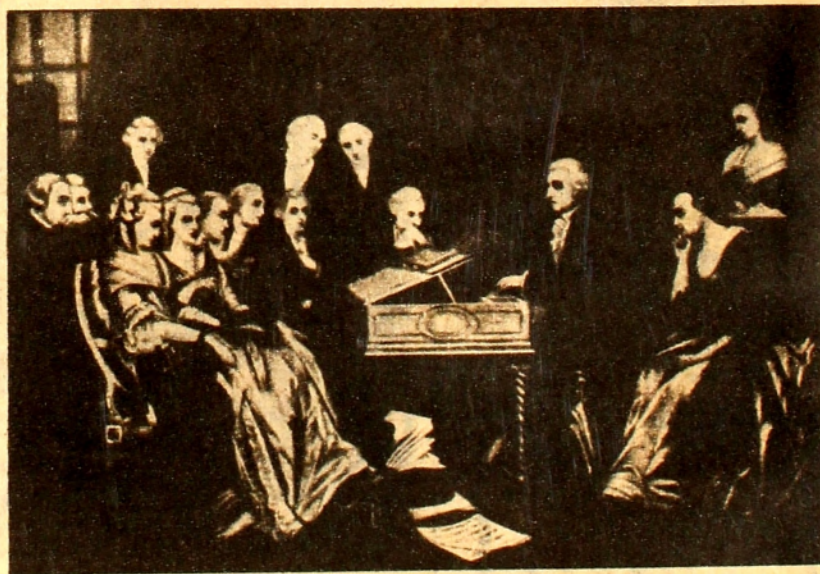
ba entrapado y los acreedores no le dejaban en paz. Da Ponte aceptó, a pesar de su condición de clérigo. Grahl y su hijo se marcharon a los Estados Unidos y allí, trabajando el primero de farmacéutico y el segundo de médico, ganaron pronto nombradía y dinero.

Da Ponte estuvo en Londres unos doce años. Logró ser nombrado libretista del Teatro Haymarket, que se dedicaba a la ópera italiana. En él presenta, en 1794, un espectáculo sobre el tema de Don Juan, que llamó "capricho dramático" y que era un lamentable revoltijo de música de diversos autores con bailables, desfiles de trajes y otras lindezas por el estilo. No fueron rotables sus éxitos en el teatro londinense y como sus asuntos andaban — como de costumbre — mal, envió a su familia a América y él se quedó algún tiempo tratando de mejorar de fortuna. Intenta diversas actividades no teatrales pero los vientos no por eso se le tornan favorables. Finalmente, decide irse él también al nuevo mundo.

En América, en Nueva York sobre todo, vive — del comercio de medicamentos, de sus lecciones de italiano, de algunas ocasionales intervenciones en el teatro, de una fonducha, de una pobre librería — treinta y tres años. Y en Nueva York muere casi nonagenario, en 1838.

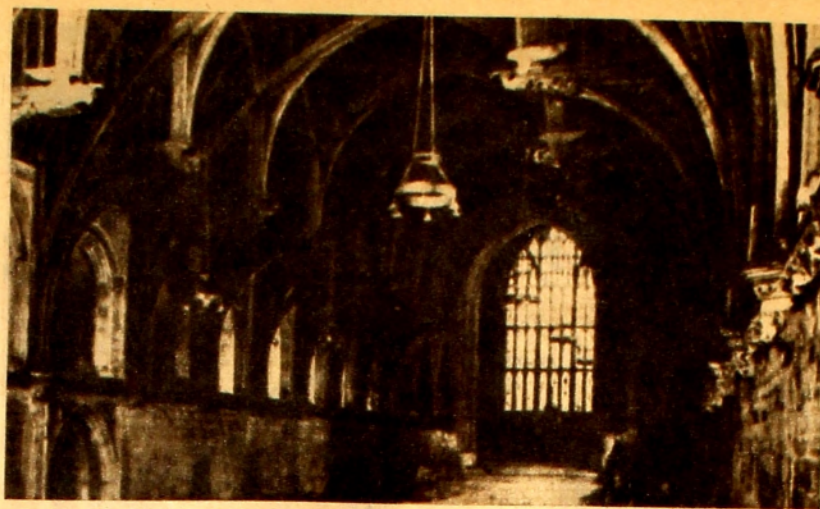
La tarea de libretista, fuera de algunas pasajeras satisfacciones, suele ser bastante ingrata. Es un servidor de la creación musical y el valor y brillo de ésta eclipsa su trabajo. Ha de someterse a las exigencias del compositor y aún soportar las implacables imposiciones del "monstruo". Pocas veces podrá crear con absoluta libertad. Y, a la postre, nadie retendrá su nombre aunque la obra perdure. ¿Cuántos, entre los espectadores que hoy ven y aplauden "Don Giovanni" o "Le nozze di Figaro" tendrán en mente que la estructura y las palabras de estas óperas se deben a un abate vagabundo que se murió en Nueva York y que se llamaba Lorenzo Da Ponte?

Luis TOBIO.



Mozart interpretando pasajes de "Don Giovanni" en un salón de Viena.

PERIPECIA nacional, "familiar" al mismo tiempo, en la Inglaterra de hoy, pareja estrecha se hace la muerte de Jorge VI con la elevación al trono de una reina y no de un rey. De luto han vestido en estos días cada inglés y cada inglesa, en "familia" y en la calle. No fueron los funerales del difunto soberano solamente aparato eclesiástico y desfile militar. Pausa se hicieron, además, en la sentimentalidad inglesa, y pausa también en la mentalidad. Y tan sorprendentes podrían parecer ambos fenómenos como esa aspiración al optimismo que en la prensa de Londres halla eco en estos días, y en el amigo inglés que en Francia vive, cuando la reina Elisabeth sucede al difunto rey, si tal emotividad no revelase lo primero y no hubiera en lo segundo tal fuerza de ingenuidad. ¡Ingenuidades en el realismo inglés! Irreflexivo acaso el optimismo, aunque a dolor cierto se una. Concentrado además, e insinuado apenas. Porque ahora mismo advierte uno de qué manera la sentimentalidad y la mentalidad británicas, imponiéndose al propio realismo (singular el fenómeno), segregan la vaga sensación de un cambio en la actual fortuna adversa de la nación inglesa, y aún de nueva era (y mejor) que ahora mismo comienza... porque una "nueva mujer" reina. Durante casi medio siglo, cierto, reinó la primera Elisabeth de Inglaterra, la reina Victoria más de medio siglo, y en ambos reinados se incluyen las mejores etapas de la historia británica, construcción de grandeza y magnitud de grandezas mundiales, riqueza y potencia. Explicación que justifica, o justificación que explica el porqué de aquella ingenua aspiración al optimismo? Porque sabe uno cuánto mueve y pesa la tradición inerte en la nación inglesa, con sus maneras de ser y de hacer, y aún de no hacer a veces, pero sabe uno igualmente en qué medida la acción hecha política, o la política acción,



La sala medioeval de Westminster, caso de barco invertido y sala mortuoria de reyes ingleses. En esta misma sala fué condenado a muerte Carlos I, decapitado después. Inglaterra no amó siempre al rey.

REALISMO OPORTUNISTA INGLÉS... Y FETICHISMO

en la historia británica oportunismo fué siempre a grandes realismos adherido. Sin interferencias de la línea histórica. Sin influencias de la propia historia. Sin que jamás la movieran impulsos de doctrina previa. Y precisamente se revela ahora cuanto de historia hay, y de mirar hacia la historia, en ese estado de ánimo que sólo explica el fetichismo de las mujeres reinantes. En el país más realista entre todos los realistas. Y maestro en singulares oportunismos. ¿Complejo de inferioridades en la decadencia que vive hoy Inglaterra? ¿Lección "real" de energía? "Los hombres —dice Tallevrand— son como las estatuas: hay que verlos en su sitio... cuando han hallado su sitio". Y las naciones también. A condición de que su sitio hallen. Y en cada ocasión. La esencia de lo oportuno es eso.

No descubre uno ahora, ciertamente, de qué manera Inglaterra es resultancia compleja de dos saltos en el tiempo, y en dos eras concretas la parva nación isleña se hace potencia mundial.

Toda la segunda mitad del siglo XVI es un "salto" del insularismo inglés (cabeza fría y garra abierta) hacia el dominio marítimo. Bien está el rampante leopardo en el símbolo heráldico británico. Aventura de corsarios con galones de almirante, toda la inquietud del siglo. Y la triste cerrazón de un Felipe II, montañero y beato, exigiendo su Armada Invencible en castigo de una Inglaterra herética. Para combatir... pero no con el mar y la tormenta. Como si mar y tormenta fueran lo inesperado, o lo insólito, al combatir en el mar. Pero mucho se habló de la fortuna inglesa traída en la maniobra torpe de la Armada Invencible. Se habló demasiado. ¿No hay acaso fortuna mayor, o mejor, en que aquella segunda mitad del siglo XVI británico otro oportu-

nismo heredó? Porque, de Enrique VIII, personaje siniestro y oportunista puro, la gran fortuna le viene, y la primera Elisabeth hasta el fondo la usa (puñal en pañuelo de seda). Y la gran fortuna es ésta: Inglaterra, primer país que de la influencia papal se libera cuando Enrique VIII, excomulgado, de la ocasión se sirve, crea la iglesia de Inglaterra y papa de su iglesia de proclama. ¿Quién no advierte el peso de esta herencia oportunista en la segunda mitad del siglo XVI británico? Por ser instrumento papal, Felipe II ataca y en el ataque se pierde. Y aún antes del ataque. Ahora oye uno cada día, o lee, ese lema que fortuna hizo en nuestro tiempo, entre Oriente y Occidente, cosa de hoy, interpuesto: "la guerra fría". Y el embajador del Gran Duque de Toscana en la corte española, de Felipe II y de Elisabeth de Inglaterra, decía ya en el siglo XVI, aún la Armada Invencible no lanzada, dogma ya contra dogma, que hacíanse la guerra "en frío", con ardores el uno de sermones papales, con ardores la otra de su propio papado. Por ser anti-papa Inglaterra, la Armada Invencible le envía Felipe II y entre llamas de barcos perdidos la potencia española se extingue, la británica nace. Por ser anti-papa, o no estar al servicio de universales dogmas ajenos, evita Inglaterra, y se evita, el estéril desgaste de las guerras dogmáticas, o en propio provecho las hace pero no con ajeno mandato. Medio siglo que es Drake, y es Howard, corsarios-almirantes y almirantes-corsarios, aventura del mundo que cien navegantes ensanchan y agrandan. Y son las guerras de Flandes, de Francia y de Italia, para el rey Felipe de España. Horizonte corto. Sumisión de reyes. Y la ruina. Aún ganando en Flandes qué ganancia de horizonte estrecho, cuando todo el horizonte del mundo abriase virgen a la gran aventura!

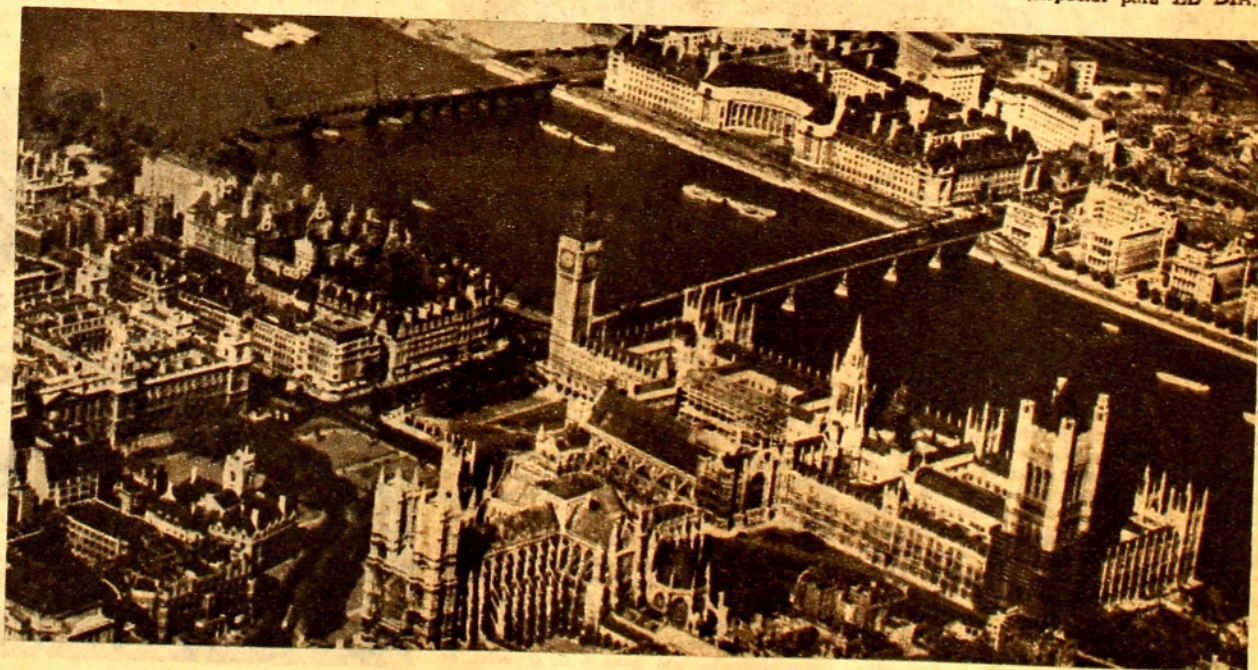
Sesenta y cinco años, desde 1837 hasta 1901, herencia de aquella primera era y primer salto en conquista del mar, son el otro salto a la conquista imperial, era segunda. De 1839 son las grandes compañías de navegación a vapor. De 1837 el telégrafo. De 1866 el primer cable submarino. De 1880 el teléfono. ¡Libre cambio! El sacrosanto libre cambio inglés, antesala de la fortuna. Y 1858 es la India imperializada. Beluchistán y Birmania, 1876. El Canadá al mismo tiempo, Australia, Nueva Zelanda, el África Occidental, Oriental y Austral. Intervención en Egipto, en 1882. En el Sudán cuando 1898 empieza. Desde 1815, Napoleón ex'inguido, ya no interviene Inglaterra (exceptuando el caso de Crimea) en ningún conflicto armado europeo adentro. Sin que haya moderación, ni se adivine, en la conducta. Ni repliegue sobre sí misma. Sacrosanto el libre cambio, desde luego; sacrosanto igualmente el espléndido aislamiento. Si el primero de la fortuna es antesala, del imperio mundial es el segundo. Inglaterra no pertenece a un continente sino a todos. Tozuda oportunista, su política de intereses económicos impone, de expansión económica, todo el mundo mercado, cuando aún perduran en Europa los pleitos fronterizos con sabores todavía medievales. Protección del mercado inglés, en el universo entero, sacrosanto aún. Inimaginables las aventuras actuales de Abadán y Suez. Y aún en ese torbellino que sacude los caminos del mundo, y cuando el propio interés lo permite, la Inglaterra protectora no se inhibe y el lujo se ofrece de las grandes protecciones. Toda Europa cierra los ojos y enmudece, en 1895, cuando en Armenia pueblos enteros exterminan el "sul'an rojo". La Inglaterra omnipotente amenaza y el exterminio cesa. La Inglaterra de Castlereagh y de Canning impone la no intervención en la América del Sur. Contra Metternich, ministro austriaco. Contra Chateaubriand, francés. Contra Metternich aún salva la misma Inglaterra a Grecia. Cuando el siglo XX llega la primera potencia del mundo tiene puesto de mando en Londres.

Cierto —le dice uno ahora a este amigo inglés y fetichista hallado en Francia— aquella era fulgurante del siglo XVI la presidió una reina, y otra reina esta segunda era. Un Drake en el mar, con la primera Elisabeth (importa recordarlo), y un Howard, un Bacon en Londres y un Raleigh, y aún el lujó de un Shakespeare y de un Spencer. Un Felipe II al mismo tiempo, en el Escorial orante, con la mano de dios, venedora, obsesinado, instrumento papal que se pierde. Y un Wellington, con la reina Victoria, en la era segunda, un Disraeli, un Salisbury, un Palmerston. Y una Europa no curada todavía de las guerras napoleónicas, de 1848, ausente del mundo... Hoy: todo el mundo está en el mundo. Alerta. En Occidente. En Oriente...

Y nuestro amigo inglés y fetichista asiente. Realista al fin. Oportunista siempre. Y empírico. Inglés. Con las doctrinas reñido, y es lo mismo. Pero amellas dos mujeres-reinas, en sus eras, son ahora una obsesión. Cuando otra reina adviene. ¿Acaso está el secreto de la energía inglesa en esa ilógica mezcla de lo real y el fetiche?

J. B. TOLDO.

Paris, 1952. (Especial para EL DIA).



En este espacio de Londres, el Palacio de Westminster, la Abadía: política y religión británicas. El rey de Inglaterra es todavía un jefe de religión, "defensor de la fe".



Materiales seleccionados y confección perfecta brindan la mayor comodidad.

Exija la marca impresa en la prenda

SOUTIENS
Leila

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



TARZAN PENETRÓ EN EL LABORATORIO Y ABRIÓ LAS JAULAS. "PRONTO." "ORDENO," "SALTEN LA EMPALIZADA Y CORRAN A LA SELVA."



LOS MONOS HUYERON RÁPIDAMENTE. PERO EL SABIO ESCONDIDO DETRÁS DE UN PANEL, PIDIÓ SOCORRO.



EL HOMBRE-MONO SALTO PARA HACERLO CALLAR, PERO DESAPARECIÓ DETRÁS DEL PANEL CORREDIZO...



... EN EL MOMENTO EN QUE LOS NATIVOS PENETRABAN EN EL APOSENTO. TARZAN LUCHO CON EL SALVAJISMO DE UN ANIMAL ACORRALADO...



... PERO EN EL ARDOR DE LA LUCHA ALGUNOS CHOCARON CONTRA PRODUCTOS EXPLOSIVOS Y PRONTO EL EDIFICIO PRENDIÓ FUEGO.



LAS HAMBRIENTAS LLAMAS SE PROPAGARON CON RAPIDEZ. TOSIENDO POR EL HUMO, APARECIÓ ENTONCES EL HOMBRE DE CIENCIA. "MI HIJA" GRITÓ... "ELLO HA ESCAPADO CON MI HIJA."

EL MUNDO HABLA POR LAS ONDAS DE CX32 y CXA 2

- * MERCED AL MAS COMPLETO Y TECNICAMENTE MEJOR EQUIPADO SERVICIO INFORMATIVO, COMO UN SELLO INCONFUNDIBLE DE DISTINCION EN SU PROGRAMACION COTIDIANA.
- * CX32 y CXA 2, constituyen una organización noticiosa íntimamente vinculada al diario "EL DIA".
- * SUS SERVICIOS ESTAN ATENDIDOS POR LA AG. UNITED PRESS, ANI, DE LA REDACCION DE "EL DIA" Y PROPIOS DE SU DEPARTAMENTO DE INFORMACION.
- * por que tiene instalada en sus "estudios" una moderna "teletipo" conectada a las redes internacionales de información mundial.

CX32 y CXA 2 brindan su insuperable esfuerzo, puesto al servicio de una genuina inquietud informativa y de una celosa etica profesional.

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

NUESTRA OFERTA SEMANAL

ESTA IMPUESTA POR LA CONVENIENCIA DE NUESTROS PRECIOS

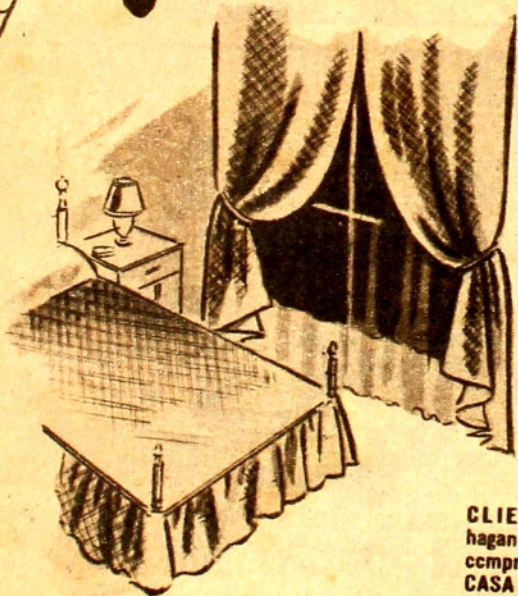


SECCION SEÑORAS

Práctico VESTIDO confeccionado en fuerte tela de algodón estampado. Talles 44 al 54 de \$9.80 y \$10.50 a **\$ 7.20** c/u

SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR

BROCATO de seda doble faz, indicado para colchas y cortinados en todos los colores, ancho 1.30 mt. a **\$ 2.80** EL METRO



CLIENTES DEL INTERIOR: hagan pedido de muestras y compras contra reembolso a CASA MATRIZ-AGRACIADA 2302 y M. SOSA

SECCION MERCERIA

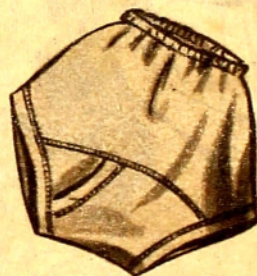
PAÑUELOS franceses para cabeza en gaza de seda natural. soberbia variedad de colores lisos a **\$ 1.45** c/u



SECCION NIÑOS

Una oferta como pocas: SLIPS en malla de algodón interlok para niños de 2 a 16 años. Talle 2

\$ 0.55 c/u
Aumenta \$0.15 por talle



SECCION HOMBRES

CAMISETA 1/2 manga y calzoncillo corto, en jersey de seda indemallable, de \$4.90 a **\$ 3.50** LA PIEZA



SECCION TEJIDOS

FIBRANA ESCOCESA en dibujos y colores selectos, 90 cms. de ancho de \$3.40 a

\$ 2.80
EL METRO

SECCION TEJIDOS

Presentamos un extenso surtido de telas para media estación, procedente de los centros de la moda.

VISITENOS



Por LICENCIA anual del personal, CERRADO toda la semana de TURISMO.

EN NUESTRAS TRES CASAS VISITE NUESTRAS VIDRIERAS

AGRACIADA 2302
GRAL. FLORES 2341 18 DE JULIO 1961